

Estudio crítico

Andrés Laguna

Javier Puerto



Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© DEL TEXTO: el autor

© DE LA EDICIÓN DIGITAL: [Fundación Ignacio Larramendi](#)

Fecha de la edición digital: 12/05/2016

Lugar: Madrid (España)

DOI: <http://dx.doi.org/10.18558/FIL044>



Conversión a formato electrónico realizada por [DIGIBÍS](#).

Andrés Laguna, humanista

JAVIER PUERTO

Catedrático de Historia de la Farmacia (UCM)

De la Real Academia de la Historia; de la Real Academia Nacional de Farmacia



Nacimiento y primeros años

Acerca de su nacimiento en Segovia no existe duda alguna pues el propio autor lo atestigua.

En su traducción de la *Materia Medicinal* de Pedacio *Dioscórides*¹ (libro I, cap. CII) al hablar de la Oxyacanta, escribe:

Se encuentra gran copia de ésta planta por todas partes: y principalmente en el valle de Tejadilla que está junto a Segovia mi tierra: a donde me acuerdo haber ido, siendo muchacho, a coger muchas veces majuelas: que así se llama el fruto de la oxiacanta.

Sobre la fecha de su nacimiento hay más incertidumbre. Se dio por buena la de 1499, pero Marcel Bataillon publicó una lista parroquial de 1510. Según la misma (una matrícula de cristianos nuevos) en esa fecha, en la judería segoviana, vivía su padre, Diego Fernández, su madre Catalina y una hija recién nacida, por lo cual se atribuye a 1511 la fecha de su llegada al mundo². Ahora bien, si creemos que llegó a la capital francesa a finales de 1530 o principios de 1531, con unos diecisiete años de edad, hemos de retrasar su nacimiento hasta finales de 1513 o principios de 1514.

Sus escritos vienen firmados por Andrés de Laguna y como tal es conocido. Su nombre era Andrés Fernández Velázquez Laguna.

Hijo del médico judeoconverso Diego Fernández Laguna y de Catalina Velázquez, fue el segundo de cinco hermanos. La mayor de sus allegadas, Isabel, se casó y la me-

¹ LAGUNA, Andrés (1566). Las citas las he aproximado al español actual. Quien quiera leerlas en toda su pureza en el texto citado las puede encontrar.

² BATAILLON, Marcel (1956) pp. 207-231

nor, María, falleció hacia 1585; los dos hermanos varones se dedicaron a la vida religiosa. Uno fue Canónigo de la Catedral segoviana y el otro cura.

Su casa paterna en la judería, su condición conversa y probablemente el consejo de su padre –quien valoraría el panorama social cargado de antijudaísmo del momento– influyó en su vida viajera y en su formación cosmopolita.

A juzgar por lo escrito en su traducción de *Dioscórides* (lib. VI, cap. XXXII) al referirse a las sanguijuelas, le sangró un barbero a los catorce meses y lo recuerda como una tortura mediante la cual le dejaron marcado, física y psicológicamente, de por vida. Frente a ello aconseja, con Galeno, no sangrar hasta los catorce años y emplear las sanguijuelas para curar las fiebres de los pequeños.

En ese mismo pasaje escribe:

Debe ser desventura fatal, y siniestra constelación de los reinos de España, que no sepamos enseñar virtud ni letras a un niño, sino a poder de azotes y mojicones.

No sabemos si con él emplearon el añejo método de “la letra con sangre entra,” pero sí el recuerdo afectuoso para sus profesores de latín, Juan Oteo y, tras su fallecimiento, su discípulo Sancho de Villaveses o Villavesano, junto a su padre, a quien considera su primer maestro.

En la adolescencia, a los catorce o quince años de edad, le enviaron a Salamanca.

Ingresó en la Facultad de Artes de su universidad. Entre sus condiscípulos estuvieron Amato Lusitano, García da Orta, Juan Aguilera, que llegó a ser médico del papa Pablo III, su amigo, y a quien dedicó alguna de sus obras sobre Galeno, Fernando de Sepúlveda y Luis Núñez de Santarén.

En Salamanca vivió como pupilo en casa asimilada a los Colegios Mayores de la ciudad, en donde no le debían de dar muy bien de comer pues, cuando en *La Materia Medicinal* habla de los mercuriales (Libro IV, cap. CXC), recuerda a *Clara, famosa Clystera de Salamanca* de la cual dice tenía siempre tres o cuatro tinajas llenas de caldo de acelgas y mercuriales, aguzado con sal y orines para hacer clisteres mediante los cuales:

Enjuagaba los infelices vientres de aquellos pupilos infortunados, que jamás se vieron llenos, sino de viandas pestilenciales.

En la capital salmantina vivió la vida propia de un estudiante poco acomodado de su tiempo y participó de sus fiestas.

Con el gracejo permanente a lo largo de toda su obra, y muy singularmente en las anotaciones a la traducción del *Dioscórides*, en donde da numerosas pistas sobre su biografía vengan o no a cuento, al referirse “a la cura común de las heridas de las fieras que arrojan de sí ponzoña” (Lib VI, cap.LIV), nos dice:

Me acuerdo que en Salamanca, siendo yo allí pupilo, un día de San Juan, casi a boca de noche, cuando todos ya desamparaba la fiesta, pensando fuese acabada, soltaron de improviso un toro muy bravo, me encontraba yo en medio de toda la plaza, junto a un saludador patituerto: el cual viendo su peligro y mi miedo, y sacando de flaqueza coraje, me dijo que no temiese porque él se bastaba el ánimo de encantar la fiera, y sacarme en paz y a salvo. Por donde yo asegurado por sus palabras, me puse toda la vía cuatro pasos tras él, tomándole por escudo, hasta ver en que paraba el misterio: por cuanto ya no había orden de huir. Más el torillo mal encarado, que no se daba nada por palabras ni encantos, porque sin duda debía ser luterano, envistió luego con su merced, y le dio dos o tres vueltas bien dadas: y así el saludador que pensaba socorrer a los otros, quedó estirado y medio muerto en el corro, aunque a mí me cumplió la promesa: porque mientras él andaba envuelto en los cuernos del toro, me acogí más que de paso, y me puse en cobro gracias a mis desenvueltos pies, que dejaban de correr y volaban. Así que de allí en adelante ninguna fe di a semejantes chocarros y burladores.

Con lo cual nos permite hacernos idea de cómo transcurrió su vida estudiantil en Salamanca y aprovecha para satirizar a esos sanadores, los saludadores, que se creían dotados de fuerzas sobrenaturales.

En el aspecto discente recuerda a su maestro de Dialéctica, el portugués Enrique Hernández.

Sólo cursó los dos primeros años de Bachiller en Artes, el tercero lo realizó en París.

Llegó a la capital francesa en 1530 o principios de 1531. La causa de tan temprano viaje la podemos encontrar en su deseo de estudiar Medicina y en la prohibición establecida en España, por el Real Tribunal del Protomedicato, de otorgar licencias de ejercicio profesional sanitario a todos aquellos que no pudieran demostrar su limpieza de sangre.

Cuando se graduó de Bachiller en Medicina, el lunes 6 de marzo de 1534, probó su estancia de tres años en la capital francesa.

París ejerció una fuerte influencia hacia los intelectuales españoles durante la primera mitad del siglo XVI. Allí había estudiado Luis Vives, a quien Laguna mostró siempre una singular admiración; Gaspar Lax y tantos otros, entre quienes destaca Ignacio de

Loyola. Su querencia también puede deberse a la estancia en la capital francesa de los hermanos segovianos Antonio y Luis Coronel, judeoconversos como él y vecinos de su familia en Segovia, amigos de Erasmo a cuya obra adquirió nuestro autor singular aprecio³.

Frente a la dureza y a la fama conservadora de La Sorbona, eligió o le enviaron al Colegio de Francia. Allí recibió clases de los helenistas Pierre Danés y Jacques Tous-saint, a quienes reconoce y agradece sus enseñanzas; del latinista Lathom, recordado en su texto sobre Europa como amigo, y de Juan Gélida, profesor de Filosofía.

Tras acabar el Bachiller en Artes, realizó el de Medicina. Sus maestros de Anatomía fueron Silvius y Johannes Winter von Adernach. El Decano Juan de Tagault, le enseñaría la Cirugía y Juan Ruellio, uno de los traductores de la *Materia Medicinal* de Dioscórides, influiría en su posterior especialización en el tema⁴. Sus dos maestros anatómicos lo fueron también de Andrea Vesalio, su condiscípulo durante la estancia parisina.

El inicio de su actividad intelectual en Francia

Al poco de obtener su título médico en París comenzó sus publicaciones. Primero un texto atribuido en su época a Aristóteles, dedicado al obispo de Chartres. Ese mismo año dedicaba al obispo de Segovia, Diego Rivera, otro libro⁵ en donde daba cuenta del

³ HERNANDO Y ORTEGA, Teófilo (1968).

⁴ Para la biografía de Andrés Laguna pueden consultarse muchos autores: ABELLÁN, José Luis (1992) págs. 97-114; ALONSO MUÑOYERRO, Luis (1945); BAEZA Y GONZÁLEZ, Tomás (1877); ANTONIO, Nicolás (1783) Tomo I, pp. 75-78; BATAILLON, Marcel (1937); BATAILLON, Marcel (1956) pp. 121-181; BATAILLON, Marcel (1958); BLANCO JUSTE, Francisco Javier (1935); BUSACCHI, Vinicio (1954) vol. I, pp. 182-200; CARRERAS PANCHÓN, Antonio (1976); COLMEIRO, Miguel (1858); DUBLER, César E. (1953-1959); FOLCH JOU, Guillermo; GRANJEL, Luis S.; CALONGE, Julio; HERNANDO, Teófilo, et. Alts. (1960); FONT QUER, Pío (1962); GARCÍA HOURCADE, Juan Luis; MORENO YUSTE, Juan Manuel (coords.) (2001); GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000); GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000); GRANJEL, Luis S. (2001). En GARCÍA HOURCADE, Juan Luis; MORENO YUSTE, Juan Manuel (coords.) (2001) pp. 11-22; HERNANDO, Teófilo (1968), Tomo I, pp. 15-172; LAÍN ENTRALGO, Pedro (1999) pp. XI-XXII; LÓPEZ PIÑERO, José María; GLICH, Thomas F.; NAVARRO BROTONS, Víctor; PORTELA MARCO, Eugenio (1983) vol. I, pp. 502-505; MIGUEL ALONSO, Aurora (1999); OLMEDILLA, Joaquín (1887); PICATOSTE Y RODRÍGUEZ, Felipe (1891); PARDO TOMÁS, José (2002) actas XI y XII, pp. 45-67; PUERTO, Javier (2004) pp. 103-110; RIERA, Juan (1965) Tomo I, pp. 129-135; RIERA, Juan (1999) pp. XXIII-XLIV. (Contiene una amplísima bibliografía.)

⁵ LAGUNA, Andrés (1535); LAGUNA, Andrés (1535A)

método anatómico aprendido durante sus años de estudio, de fama efímera, pues ocho años más tarde se publicó la *Fábrica* de Andrea Vesalio⁶. En anatomía se manifiesta fiel seguidor del pensamiento galenista, aprendido de sus maestros. Su texto es incomparable con el de Juan Valverde de Amusco⁷, situado ya en la órbita vesaliana. Pese a ello tuvo un cierto éxito editorial y se efectuaron dos tiradas distintas. Lo más destacado del mismo es la crítica sobre la manera tradicional de enseñar la anatomía. El profesor se mantenía alejado del cadáver y era un cirujano romancista el encargado de hacer la disección, mientras Laguna abogaba por llevarla a cabo el mismo docente. Ese método, basado en la propia experimentación cadavérica, llevó a Vesalio a trastocar y modernizar la anatomía.

Al año siguiente publicó un tercer libro, la traducción de un texto griego entonces atribuido a Galeno, *De Urinis*, dedicado a su padre, en una costumbre continuada a lo largo de toda su actividad literaria y científica⁸. Éste último texto lo tradujo para facilitar la labor de los estudiantes pues:

Aunque no sea genuinamente de Galeno {...} parece oler al ingenio de Galeno en el análisis de todas las diferencias de las orinas...

Por lo cual consideraba adecuada su lectura para quienes estaban ansiosos de entrar en contacto con las fuentes clásicas.

Si una de las características de la ciencia renacentista es una vuelta a los clásicos mediante su estudio original, sin el tamiz islámico, actitud triunfante en la Universidad de Alcalá desde donde se observa un retorno a Hipócrates⁹ y a Galeno, vemos como esa vía la inicia Laguna tempranamente y no va a abandonarla a lo largo de toda su vida y de la totalidad de su obra. Las otras características de la ciencia durante el Renacimiento, la crítica a los clásicos una vez estudiados, la valoración de la propia experiencia, el impulso al viaje, al contacto con sabios, empíricos, artesanos... diferentes a los habituales ostentadores del saber procedentes de las universidades, la utilización de la imprenta para mejor difundir las propias ideas y el empleo de la lengua vernácula para conseguir una mayor penetración en gentes desconocedoras del latín, la lengua franca de la ciencia del momento, son características presentes en la obra de Laguna, junto a algún destello del recuerdo de lo mágico o fabuloso, aunque brilla más en el sentido contrario de inten-

⁶ VESALIO, Andrea (1543)

⁷ VALVERDE DE HAMUSCO, Juan (1556)

⁸ LAGUNA, Andrés (1536)

⁹ SANTANDER, María Teresa (1971)

tar desterrar supersticiones o creencias mágicas en el ámbito de la terapéutica. Si a ello añadimos su magnífica pluma, su gran sentido del humor y de la crítica, mostrada siempre de manera irónica, su permanencia en la fe católica sin abandonar un sano sentimiento de racionalidad crítica para con los poderosos, laicos y religiosos, cercano al erasmismo, le sitúan en el epicentro del pensamiento y de la actividad renacentista europea y española, no sólo en el ámbito de la Medicina o la Farmacología.

De su estancia parisina dejó varios testimonios en las anotaciones de la *Materia Medica de Dioscórides*.

La más destacada es la que narra las andanzas de un criado suyo (Libro V, cap. LXXXII):

No puedo detener la risa, siempre que me acuerdo de un mozo torpe y dormilonazo, que tuve siendo estudiante en París: el cual una mañana tres horas antes del día queriéndome encender candela, se fue derecho al hogar, adonde estaba un gatazo sobre el rescoldo de la ceniza con los ojos abiertos: los cuales pareciéndole a él ser dos ascuas ardientes, (porque así relucen, y centellean de noche) le plantó en el uno de ellos de medio en medio un palillo de azufre: por donde súbito le saltó el fiero animal al rostro, y le rasguó toda la cara, no sin grandes gritos del acemilonazo, que quedó por un tiempo atónito, creyendo firmemente que hubiese sido el demonio.

Testimonio en donde se nos presenta la duda de si es autobiográfico, con lo cual demostraría la pujanza económica de su casa paterna, capaz de conseguirle un criado en París, o el escritor novelesco quien, como en otras ocasiones, introduce en el texto científico trozos de relatos no siempre vividos por él, sino fruto de la tradición literaria del momento. Si se tratara de la primera opción, casaría mal con su condición de pupilo mal alimentado durante su estancia en la universidad salmantina.

El primer regreso a España

A principios de 1536 se embarcó en Ruan (Rouen) camino de España, por Lisboa, en un barco portugués.

De lo accidentado de la travesía da testimonio en el *Dioscórides* (Lib. I, cap. CXLV). Al hablar “De los higos, y de la leche de las higueras, y de la lexía de su ceniza”, los recomienda para la nutrición, aunque:

Opilan el hígado y el bazo. Dado que no se opiló aquel pupilo que, sobre apuestas, se comió seis libras de higos, los más sucios y enharinados que se pu-

dieron hallar, en el desafiadero de Salamanca; el cual, según tenía los alientos, llevaba un aire de comerse otras tantas si se las pusieran delante. Más, no nos debemos maravillar, porque estudiantes, principalmente pupilos, digerirán el hierro como los avestruces, pues, sin duda, tienen lobos en los estómagos. Tampoco reventó un portugués marinero llamado Jorge Pirez de Alamda (es digno semejante hombre que por su singular garguero sea puesto en crónica), el cual, pasando yo de Ruan a España en un navío portugués y habiéndonos sucedido una muy cruel tormenta, al tiempo que, ya rotos los mástiles y voladas las velas, todo el mundo alzaba las manos a Dios pidiendo misericordia y preparándose para lo extremo, hízome muy de prisa levantar de encima de un cofre suyo sobre el cual yo estaba tendido filosofando conmigo mismo de la inmortalidad del alma; y abierto el tal cofre, cuando pensé que sacaba algunas horas o cuentas para su devoción, sacó una talega de higos muy excelentes del Algarbe, que, a mi parecer tenía más de dieciséis libras, y, sentado con un gran descuido y reposo a par della no cesó de engullir hasta que la despachó toda diciendo: Morra Marta e morra farta. Y que juraba él a Dios que, pues le había costado muy buen dinero, no habían los peces gozar dellos, sino que se los tenía todos de llevar consigo en el buche. El cual hombre honrado, después que se vio sin higos y el peligro pasado, estuvo para echarse en la mar de puro enojo y despecho viendo que en balde se había de una vez tragado toda su hacienda.

El viaje de Rouen a Lisboa es cierto y probado. La adversidad meteorológica durante el mismo, probable. La anécdota, seguramente falsa. Se trata de una narración habitual en la época, adaptada por él a sus intereses, e incluida también en su libro. No debemos olvidar la pasión de Laguna por la Literatura. Su habilidad escritora y la capacidad para mezclar observaciones científicas con cuentos y sentencias propicios para expresar sus ideas; de manera tal que Laguna es un científico renacentista, pero también ha de considerarse uno de los grandes escritores españoles del Siglo de Oro, lo cual, en ocasiones, desdibuja sus confesiones aparentemente autobiográficas, como quedan difuminadas en la mayor parte de los narradores, en los cuales no es objetivo fundamental la verdad histórica, sino otra relacionado con el estilo o la intención del autor.

Sobre sus andanzas, hasta 1539 poco se sabe. Es indudable que estuvo en Alcalá, en cuya universidad comenzaba a triunfar el humanismo médico¹⁰, pero no regentó cátedra ninguna; acaso dio algunas lecciones o tuvo un cargo transitorio en alguna “catedrilla”, seguramente por influencia del catedrático complutense, Rodrigo Reinoso, con quien coincidió en París.

¹⁰ MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel (1995).

En Alcalá firmó la dedicatoria a Carlos V de la traducción del libro también atribuido a Aristóteles sobre Cosmografía¹¹ y dos diálogos de Luciano de Samosata: el *Ocypus* y la *Tragopodagra* (Segovia, 1538), dedicados, el primero a Gonzalo Pérez, secretario de Carlos V, y el segundo a Fernando López Escorial, protomédico del emperador¹². Los tres se editaron en un solo tomo.

Luciano de Samosata era un autor muy querido por los erasmistas y la traducción de sus textos le pone en contacto con esa corriente de pensamiento religioso, político y filosófico¹³.

En el año 1539 se acepta que fue a Toledo, por encargo del emperador y tal vez por recomendación del doctor Francisco López de Villalobos, otro cristiano nuevo con intereses humanistas, para atender a la emperatriz Isabel, que murió de parto. No obtuvo o no aceptó ningún cargo en la corte y volvió temporalmente a Segovia, aunque de manera casi inmediata se embarcó, en Vizcaya, con destino a Londres.

El objetivo del viaje no se conoce. Se ha especulado con alguna misión imperial ante la corte de Enrique VIII. Es poco probable, pues el mal fin de la atención a la emperatriz no aumentó, precisamente, la estima del emperador hacia los profesionales intervinientes en la atención sanitaria.

Segunda peregrinación de Andrés Laguna

Desde Inglaterra viajó a los Países Bajos, a la ciudad de Mittelburg. La menciona en el *Dioscórides* (Lib. II, cap. 4) al hablar “de la púrpura y la Bozina” pues allí, al comer una ostra, en el año 1539, estuvo a punto de romperse los dientes con:

Una perla gruesa como el grano de la pimienta, clara como las que vienen de Oriente: la cual guardo como reliquia.

Probablemente ejerció la Medicina en Gante –en donde ese año de 1539 estaba establecido Carlos V–; También efectuaría alguna excursión por territorios alemanes.

¹¹ LAGUNA, Andrés (1538).

¹² LAGUNA, Andrés (1538 A); LAGUNA, Andrés (1538 B).

¹³ PARDO TOMÁS, José (2002) pág.62; BATAILLÓN, Marcel (1950).

Desde el día de San Juan (24 de junio) de 1540 al mismo día de cinco años después se afincó en Metz (Lorena) contratado por el Consejo ciudadano en calidad de médico municipal.

En esa ciudad se enfrentaban, año tras año, católicos y protestantes, partidarios del imperio, de la monarquía francesa o de los príncipes alemanes. Por aquellos años Rabelais era consejero de la ciudad y entre los médicos estaba su antiguo maestro, Winter von Adernach, exiliado de París por su condición de protestante. Según nos confiesa, contribuyó a mantener a la ciudad fiel a la fe católica y al sometimiento imperial.

Tras asistir a los enfermos en la terrible epidemia de peste de 1542, publicó un texto dedicado al estudio, la prevención y la curación de la enfermedad, dedicado al Consejo de la ciudad¹⁴. En el mismo explicaba sus propias experiencias sobre ese mal. Volvería sobre el tema más adelante en otro libro¹⁵, publicado en castellano.

Aparte de que durante el Renacimiento se denominaba *peste* a cualquier contagio epidémico, la peste negra seguía siendo una enfermedad incurable con una gran incidencia humana, social y económica, ante la cual no había remedio. Para Laguna, con la guerra y el hambre, era una de las *tres infernales furias*, incapaces de ser atajadas por la ciencia y la cultura de su época, desatadas por las pugnas políticas, en su tiempo, entre el emperador Carlos, Francisco I de Francia y los príncipes protestantes, alemanes u holandeses.

Tras el exceso de trabajo ocasionado por la pestilencia, obtuvo un permiso para atender a una invitación de la universidad de Colonia, entre diciembre de 1542 y marzo de 1543.

Colonia era una ciudad más leal al emperador. No tenía las divisiones de la fronteriza ciudad de Metz. En ella se alojó en casa del rector Adolfo Eicholtz y a las siete de la tarde del día 22 de enero de 1543, por iniciativa de su anfitrión, pronunció en el aula magna de la universidad su famoso discurso¹⁶, *Europa que a sí misma se atormenta*, ante una concurrencia de príncipes y varones doctos. En su discurso, excesivamente retórico y efectista, mantuvo una postura pacifista, entonces acorde con la política impe-

¹⁴ LAGUNA, Andrés (1542). En el mismo cita a sus colegas Gunther von Andernach y Jean Bruno de Niedbruck insistiendo en su mayor capacitación para afrontar el reto de escribir un texto de esas características, asumido por él ante su falta de tiempo y las exhortaciones del segundo.

¹⁵ LAGUNA, Andrés (1556).

¹⁶ LAGUNA, Andrés (1543).

rial. Criticó a los ejércitos que sólo se diferencian por el color de la cruz de sus banderas. Defendió la idea de una Europa unida, en paz, bajo una misma religión cristiana aunque ya no católica, por la división entre católicos y protestantes. Se alejó del antiguo ideal del Sacro Imperio, definido por su catolicidad, pero conservó la creencia en una Europa cristiana, en donde se aprecia la asunción de la realidad más que un sentimiento de tolerancia. La unidad se vería reforzada por una misma cultura de raíz greco-latina, y el garante de la unidad sería el emperador Carlos, presentado como defensor de Europa frente al peligro externo de los turcos¹⁷.

Sin abandonar su postura, la matizaría en el *Viaje a Turquía*, si como aceptan algunos autores es un libro suyo, en donde mantiene una actitud erasmista, de crítica a los propios católicos. Allí se considera la maldad alejada de las creencias; producto de la ruindad de corazón, evidenciada en la falsa religiosidad, en la excesiva preocupación por los ritos, las reliquias y la religiosidad externa. Sea o no su autor, esa actitud se evidencia en muchos de sus libros científicos y de manera peculiar en su traducción del *Dioscórides*, un texto farmacológico, en donde abundan las anécdotas, las historias, las narraciones y las opiniones, muy a menudo críticas, siempre irónicas, magníficamente escritas, con la intención de despertar reflexiones en otros ámbitos del pensamiento ajenos a los meramente sanitarios. No se ha de olvidar que durante el Renacimiento, todavía no se había producido la desacertada escisión entre las mal llamadas dos culturas y se estaba preparando el cambio paradigmático en el conocimiento científico que empezó a gestarse con Copérnico y Vesalio.

Pese a su corta estancia, en Colonia tuvo una abundantísima actividad editorial. Además de su discurso, tradujo un libro italiano de una recopilación de pseudo prodigios sucedidos en Constantinopla entre junio y julio de 1542¹⁸, considerados presagios de la caída del imperio turco, al que añadió una historia de los turcos, plagada de un texto de Paolo Giovio¹⁹.

Dio a la imprenta la *Philosophia Historica*²⁰, un libro apócrifo atribuido tradicionalmente a Galeno; *De natura stirpium* asignado a Aristóteles²¹, como el *De Virtutibus*,

¹⁷ REDONDO, Agustín (2001) pp. 261-276; GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2001 A)

¹⁸ LAGUNA, Andrés (1543 A).

¹⁹ GIOVIO, Paulo (1531).

²⁰ LAGUNA, Andrés (1543 B).

²¹ LAGUNA, Andrés (1543 C).

dirigido a Fernando de Hungría, rey de los romanos²². También escribió un tratado dietético dedicado al obispo de Colonia, en donde se le ofrecían una serie de consejos de vida para la vejez. Aunque redactado durante su estancia, no se publicó hasta 1546²³.

En su extraordinaria productividad efectuó la traducción latina de los ocho últimos libros de un tratado bizantino sobre agricultura, conocida como *Geopónica o De Re Rustica*. El libro se achacaba al emperador Constantino VII. Lo dedicó a Carlos V y al final del texto incluye unas *Castigationes* a la versión de la obra completa, publicada en 1538 por el médico alemán Jano Cornario, lo que le ocasionó la enemistad de ese humanista²⁴.

A su vuelta a Metz sufrió un agudísimo insomnio a causa del exceso de trabajo. Lo curó con el efluvio de hojas de Hyosciamos o beleño, ofrecido por una *vejezuela tudesca, la cual tenía un lindo talle de bruja*. La anécdota, además de lo improbable del remedio, tal y como lo usó, nos indica el talante del personaje, abierto a cualquier posibilidad viniese de donde viniese, fuera de una autoridad clásica o de un artesano o mero empírico, lo que, de nuevo, se nos presenta como una de las características fundamentales de los científicos renacentistas.

Escribe Laguna en el *Dioscórides* (Libro IV, cap. LXX) al ocuparse del Hyosciamo:

Habiéndome venido a desecar ya tanto el cerebro, de ciertas calenturas que me dieron el año de cuarenta y tres en Metz de Lorena, que estuve más de quince días sin dormir sueño, ni poder hallar orden para provocarle, vino a mí una vejezuela tudesca, la cual tenía un lindo talle de bruja, viendo que velando me consumía, y casi me hacía ya frenético, tomó la funda de una almohada, la hinchó de las hojas de aquella valerosísima planta {el hyosciamus o beleño: Hyosciamus albus o niger} y después de llena, me la metió debajo de la cabeza; el cual remedio fue tan acertado y tan pronto, que luego me adormecí como si me infundiera por los ojos el sueño. Verdad es que después de haber dormido de un boleo seis horas, desperté como atónito, por razón de aquel vapor grueso y frigidísimo de la yerba, que a mi parecer me había opilado las vías de los sentidos. Por donde volviendo al segundo sueño, me hice meter entre la cabeza y la dicha almohada otra almohadilla de lana, y así dormí con menor pesadumbre, hasta que poco a poco vine a restituirme en mi constitución natural.

²² LAGUNA, Andrés (1543 D)

²³ LAGUNA, Andrés (1546)

²⁴ GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2001).

El nuevo alcalde de la ciudad, Richard de Raigecourt, era fiel al emperador y adoptó a Laguna como confidente y embajador, mientras sus colegas protestantes se marchaban a Estrasburgo. Sabemos que consiguió del emperador las exenciones pedidas por la ciudad, referentes a gastos y subsidios de guerra. Pese a la promesa inicial, al hacerse necesario cobrar impuestos para colaborar en el esfuerzo bélico, Laguna se dedicó a labores de avituallamiento de las tropas imperiales durante la ofensiva contra Francia, trabajo del que obtendría beneficios materiales y sociales. No sabemos si en calidad de intendente o en la de médico, asistió a la toma de Saint-Dizier por el ejército imperial. No cayó en las líneas enemigas gracias a la ayuda de una brújula. Mediante la misma se guió en su caminar, según atestigua en el *Dioscórides* (Libro V, cap. XV) al hablar, precisamente, “de la piedra imán”. En estos avatares bélicos le conoció el cirujano imperial Daza Chacón que le menciona con gran respeto²⁵.

Cansado de las intranquilidades del panorama centroeuropeo, viajó a Italia en 1545. Al pasar por tierras alemanas ejerció profesionalmente, o al menos atendió a algún paciente en Nuremberg, como atestigua en el *Dioscórides* (Lib. IV, cap. CLII) al hablar del Veratro negro. Tuvo una frustrante acogida en Viterbo: un embaucador se ofreció a atenderle y acompañarle a Roma, no por dinero, sino por el amor que profesaba a todos los españoles. Agarró el equipaje a los criados, lo puso en su caballo y, como en cualquier relato picaresco a los que tan dado era el doctor, desapareció con todas sus pertenencias²⁶.

Al poco de llegar a Bolonia, el 10 de noviembre de 1545, le concedieron el grado de doctor en Medicina por unanimidad.

Ya en Roma, el mismo año de 1545, fue protegido por el cardenal Francisco Bobadilla y Mendoza, antes obispo de Coria y –tras su estancia romana– obispo de Burgos. Era famoso por su extensísima biblioteca. Laguna cuidó de su salud y de la de su hermano, Rodrigo de Mendoza, Comendador de la Moraleja. A él se refiere cuando en el *Dioscórides* (Lib. I, cap. CXI) habla “de las pastillas de rosas”.

Por donde al Ilustrísimo y Reverentísimo cardenal de Mendoza (debajo de cuya sombra y amparo se fabrican estos nuestros trabajos) no le suelo jamás purgar sino con el dicho jarabe solo: {de rosas} con el uso del cual se halla siempre sano, fresco y gallardo: y muy libre de infinitas opilaciones, que ordinariamente le fatigaban, antes que de él usase. Así que me resuelvo a decir, que

²⁵ DAZA CHACÓN, Dionisio (1673) 2ª parte, libro III, p. 261.

²⁶ GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000) p. 60.

es la más saludable y católica medicina, de cuantas Dios crió, para el uso de los mortales.

Gracias al mecenazgo del cardenal Mendoza conoció a príncipes de la Iglesia y visitó los jardines del cardenal de Viseu y del también cardenal Bartolomé de la Cueva, como deja anotado en el *Dioscórides* (Lib.I, cap.I) al tratar de la Iris, o en el mismo texto (libro I, cap. 131) al ocuparse “de todo género de manzanos”, concretamente del naranjo al que incluye en ese epígrafe. También tuvo trato con el maestro Juan Vorspruch, *familiar del Reverendísimo cardenal Moron y excelentísimo simplista*, a quien menciona en el *Dioscórides* (Lib. IV, cap. CXIV) al hablar de Cytiso, o con el maestro Scipión, jardinero del Papa Julio, a quien menciona en el citado tratado (Libro IV, cap. XLVI) al ocuparse “de la Raíz Rodia”, pues la tenía en los jardines del palacio de Belvedere.

Se le permitió la entrada a la casa de la hermana del emperador Carlos, Margarita de Austria, a cuyo médico, maestro Josefo, tenía en gran aprecio. Al tratar “de la casia” en el *Dioscórides* (libro I, cap. XI) señala que gran cantidad de la Casia llamada Cneoro se encuentra en Roma *en la viña de Madama Margarita de Austria*.

El Papa Pablo III le nombró *Miles Sancti Petri*, con consideración de caballero, reconocimiento social que hubiera sido difícil para un judeo-converso en España. Entró en la orden pontificia del *Caballero de la espuela dorada y Conde Palatino*, establecida por León X en 1511, que vendía sus títulos. También obtuvo el título honorífico de médico del papa Julio III, cuando accedió al papado en 1550. Se debió a la intercesión de su mecenas el cardenal Mendoza. Sin ser un auténtico médico de los papas, la evidencia documental nos asegura que ejerció labores asistenciales en el Vaticano. Trató de la gota o podagra a Pablo III y Julio III. Sus conocimientos los volcó en su *De articulari morbo commentarius* y su interés lo demostró en la traducción de la *Tragopodagra* de Luciano de Samosata²⁷.

La gota era una lacra de la mayoría de los grandes señores de la Iglesia y del Estado, influida por los conocimientos galenistas sobre nutrición que consideraban a los animales fundamentalmente alimentos, los vegetales medicamentos y los minerales venenos. De esta manera los poderosos, aconsejados por sus médicos de cabecera, se veían impedidos hacia la gota que los mismos médicos intentaban corregir sin demasiada fortuna²⁸.

²⁷ LAGUNA, Andrés (1551).

²⁸ PUERTO, Javier (2003).

Otra de las enfermedades cortesanas, como bien señala Lobera de Ávila²⁹, era la sífilis o mal de bubas, reintroducida en Europa tras el descubrimiento de América. A consecuencia de la misma se formaban unas carnosidades uretrales, llamadas por los médicos *carúnculas*, que ocasionaban retenciones urinarias de malísimo pronóstico. Laguna indica la forma de tratarlas en un escrito editado en Roma³⁰ en 1551, con lo que da cuenta de su condición de clínico, permanentemente inquieto y dispuesto a aceptar cualquier novedad a favor de los pacientes.

Del Papa obtuvo dos beneficios eclesiásticos, en Mozoncillo (Segovia) y Don Benito (Badajoz), luego cedidos a sus hermanos.

Su afán farmacológico le llevó a realizar viajes por el norte y el sur de Italia, recorrer los jardines y las boticas romanas y codearse con simplistas y boticarios.

En Venecia residió desde marzo de 1548 hasta principios del año siguiente. Se alojó en la casa de Juan Hurtado de Mendoza, embajador del emperador en la República. Allí redactaría los *Epitomes Omnium Galeni*³¹, su obra más conocida y reeditada fuera de España. Por una de las epístolas nuncupatorias, colocadas en cada una de las siete secciones en que dividió su trabajo, sabemos de su gran amistad con el médico de Pablo III, Juan Aguilera, su condiscípulo parisino, quien le animó a afrontar una obra tan dificultosa, cuya supervisión editorial y los índices de la misma encomendó a Martín Asatriaco, un joven pariente de Vesalio.

También siguió ocupado en el conocimiento de la materia medicinal, como testimonia la fugaz relación establecida con un mercader de Ragusa (Sicilia) quien traía objetos medicinales de Armenia; importaba el cardamomo desde allí y lo comercializaba a través de la República de Venecia, como deja escrito en el *Dioscórides* (Lib.I, cap. V) al ocuparse “del cardamomo”.

Con una carta de presentación del embajador Juan Hurtado de Mendoza viajó hasta Florencia, para presentar su obra al duque Cosme de Médici.

²⁹ LOBERA DE ÁVILA, Luis (1544).

³⁰ LAGUNA, Andrés (1551 A).

³¹ LAGUNA, Andrés (1548).

En otoño de 1548, ya de regreso en Roma, acompañó al cardenal Mendoza a saludar al príncipe Felipe, desembarcado en Génova, en el que Calvete de la Estrella llamó *felicitísimo viaje por Italia, Alemania y Flandes*³².

Aprovechó para herborizar en la ciudad genovesa. En Pisa visitó el jardín que allí poseía Cosme de Medici (*Dioscórides*, Libro III, cap. CIV; Libro IV, cap. LVIII y Libro IV, cap. CV). En Padua conoció al profesor de Medicina Falopio, como deja señalado en el *Dioscórides* (Libro V, cap. XCV). También viajó a Nápoles.

Escribió en Italia, aunque publicó en Lyon, su *Epítome omniorum rerum...*³³, con comentarios de Hipócrates y Galeno, completado con los *Enantiomata*³⁴. También sus *Anotaciones al Dioscórides*³⁵, dedicado a Gonzalo Pérez, también judeoconverso; el padre del secretario infiel del rey Prudente.

A mediados de 1554 abandonó Italia camino de los Países Bajos. A principios de ese año el cardenal Mendoza se marchó de Roma, camino de Florencia, luego a Venecia y posteriormente a Flandes, para entrevistarse con el emperador. Lo hizo al no sentirse seguro ante la actitud tomada por Julio III en la guerra franco-española de Siena. El cardenal salió hacia Bruselas en enero, pero Laguna permaneció en Venecia hasta junio. En este momento puede que pensase en realizar el viaje a Turquía, y empezase a escribir el libro, si él fue el autor. Se hizo amigo del embajador Vargas, quien, según dice, le disuadió de la aventura.

La autoría del *Viaje de Turquía* ha estado y sigue estando en entredicho. Al pensarse que era un libro autobiográfico se buscó entre quienes estuvieron en el país en esas fechas y se eligió a Cristóbal de Villalón. El tema era peliagudo pues el manuscrito no se dio a la imprenta hasta 1905³⁶, pero Marcel Bataillon³⁷ sostuvo la tesis del carácter novelístico del tema y propuso, con sólidos argumentos, la autoría de Andrés Laguna. Sus argumentos han sido rebatidos con posterioridad, sin ofrecer autoría alguna y así sigue en la actualidad aunque, cada día más, se admite el carácter novelístico del texto³⁸.

³² CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal (1552).

³³ LAGUNA, Andrés (1554).

³⁴ LAGUNA, Andrés (1554 A).

³⁵ LAGUNA, Andrés (1554 B).

³⁶ SERRANO Y SANZ, Manuel (ed.) (1905).

³⁷ BATAILLON, Marcel (1958).

³⁸ ORTOLÁ, Marie-Sol (1983).

Desde Venecia pasó a Bruselas y Amberes. El camino por Trento, Innsbruck y Augsburgo lo hizo sin prisas, demorándose en la herborización y el comentario de las plantas con los expertos locales. En Augsburgo se encontró con el comisario imperial, Hugo Angelo, viejo conocido suyo, a punto de marcharse por el mal ambiente hacia la causa Carolina. En Bruselas visitó el jardín del obispo de Arras. Allí encontró la Phalaride (*Dioscórides*, Libro III, cap. CLIII). Pasaría a continuación a Malinas, en donde tuvo tratos con Roberto Dodoneo, profesor de Medicina y experto botánico, quien le enseñó el Eléboro o Veratro negro, que *purga principalmente a los melancólicos*. (*Dioscórides* Libro IV cap. 152). Este estudioso también le enseñó en Envers (Amberes) unos tallos de la Regaliza en el jardín del boticario Guillermo Andrea (*Dioscórides*, Libro III, cap. V).

En 1555 publicó su *Dioscórides* en Amberes³⁹. Se trata, acaso, de su obra cumbre por su extraordinaria difusión en España⁴⁰. Un año después el *Discurso de la pestilencia*⁴¹ en donde vuelve al tema que ya le había ocupado en Metz, luego de haber asistido a brotes pestilenciales en Flandes y Brabante.

En 1557 cae enfermo en Bruselas y ese mismo año traduce las *Catilinarias* de Cicerón⁴².

En otoño de 1557 viaja a Colonia y publica la *Apologetica Epistola in Janum Cornarium*⁴³ en donde, aparte de contestar a los ataques efectuados por el médico alemán a partir de la publicación de sus *Castigationes*, le acusaba de plagiar sus *Annotationes in Dioscoridem* efectuada según él por Cornario en una reciente versión latina del *Dioscórides*.

³⁹ LAGUNA, Andrés (1555).

⁴⁰ Se hicieron las siguientes ediciones: Salamanca: Mathias Gast, 1563; Salamanca, Mathias Gast, 1566; Salamanca, Mathias Gast, 1570; Salamanca, Cornelio Bonardo, 1586; Valencia, Miguel Sorolla, 1636; Valencia, Claudio Maçè, 1651; Valencia, Claudio Maçè, 1677; Valencia, Vicente Cabrera, 1695; Barcelona, reproducción de la valenciana de 1677.

⁴¹ LAGUNA, Andrés (1556 A).

⁴² LAGUNA, Andrés (1557).

⁴³ LAGUNA, Andrés (1557 A).

El último regreso y la ausencia definitiva

A finales de 1557 regresó a España. Muy posiblemente pasó a Salamanca, en cuya universidad le invitaron a dar algunas clases. Según testimonio, acaso exagerado para resaltar su protagonismo, del doctor Juan Méndez Nieto, se acomodó en su casa, en donde tenía varios libros necesarios para sus lecciones y le dio algunos consejos, aprendidos de un empírico siciliano, para atajar una epidemia de tabardillo o tifus exantemático⁴⁴.

Al poco tiempo continuó camino hasta Segovia. Se ocupó en organizar la capilla familiar, dedicada a Nuestra Señora, en la iglesia parroquial de San Miguel y de acomodar el sepulcro paterno, junto al cual reposan los restos del hijo luego de fracasar la idea de construir el Panteón Nacional de Hombres Ilustres, en el cual se iba a depositar su cuerpo.

Fue designado para la comitiva que había de recibir a Isabel de Valois en Roncesvalles para acompañarla hasta Madrid con el objeto de casarse con Felipe II, pero su enfermedad, posiblemente un cáncer rectal, se agravó y murió en Guadalajara el 28 de diciembre de 1559.

Los factores más influyentes en el renacimiento científico

En la mente de los estudiosos renacentistas iba germinando un creciente hastío hacia la repetición escolástica de los saberes emanados de las aulas universitarias bajomedievales; paralelamente aumentaba la convicción de que la cristianización e islamización del saber filosófico y científico clásico, había supuesto un cierto grado de corrupción, tanto lingüística como ideológica y conceptual; por ello, cuando se produce la caída de Constantinopla en manos turcas y los sabios bizantinos, herederos de la vieja Atenas, huyen con sus manuscritos a Occidente, son recibidos de manera casi prometeica, pues iban a posibilitar el conocimiento directo de los clásicos, sin la intromisión corruptora de traductores ni adaptadores. Además, el momento de recepción es singularmente idóneo, pues entre 1450 y 1500 salieron de las imprentas europeas unas cuarenta mil obras, cerca de ocho millones de libros, superándose con mucho las copias amanuenses de todos los siglos pasados. Esta *vulgarización* del saber es debida al aumento exponencial de la accesibilidad de los textos, con la consiguiente posibilidad de un intercambio más rápido de información científica fidedigna –otra de las características

⁴⁴ DOMÍNGUEZ BARDONA, Jesús (2012)

renacentistas—, que hizo trocar el primitivo fervor por los clásicos en desilusión y escepticismo, en el ámbito de la ciencia, e hizo más imperiosa la aparición de nuevos enfoques científicos apartados de la tradición escolástica.

Implantados los sabios bizantinos en Europa, principalmente en Italia, difundidos los textos clásicos por medio de numerosas ediciones impresas, surge pronto la sensibilidad crítica, ahora no frente a las deformaciones escolásticas, sino ante las propias fuentes. Comienzan a aparecer textos en donde se critica la inexactitud de algunos clásicos, prototipo de los cuales sería el de Niccolo Leoniceno, *Plinii... erroris notati* (1492). Por último se aborda la disyuntiva de, o bien corregir parcialmente la tradición científica helenística, o bien elaborar una nueva Ciencia.

La imprenta posibilitó una mayor, mejor y más rápida difusión de las ideas. El empleo de las lenguas romances, propias de cada cultura, hizo accesible el conocimiento a capas sociales tradicionalmente apartadas de él; así algunos artesanos instruidos, entre los cuales se incluirían los boticarios, los cirujanos o los metalúrgicos, pueden incorporarse al nuevo movimiento científico: la imprenta y el empleo del latín, amplía el ámbito de difusión de las ideas; la utilización de lenguas romances, incrementa la penetración cultural en públicos nuevos y tradicionalmente menos instruidos.

El descubrimiento del Nuevo Mundo y el comienzo de la penetración colonial europea, tanto en el mismo, como en la porción no europea del Viejo Mundo, obligan a un esfuerzo científico y tecnológico singular, en el campo de la Astronomía, la Cartografía, la construcción de buques y el Arte de Navegar, pero también actúa de acelerador de las nuevas condiciones de vida circundantes: los mercados y las mercaderías son diferentes, las relaciones comerciales internas de los países cambian y también el comercio internacional. Varía la concepción que el ser humano tiene de su situación en el mundo; se incrementa el espíritu de aventura e incluso las nuevas tierras ponen en evidencia viejas creencias; piénsese, si no, en la terapéutica galénica, discutida y superada a raíz de la introducción de drogas americanas.

Se rompe el monolitismo creencial europeo a partir de la aparición de los luteranos (1517) y las nuevas creencias van a ser utilizadas en la estructuración de novedosos nacionalismos, fundamentalmente en Alemania. Esta interconexión entre política y fe va a tener consecuencias, también, sobre la evolución científica: se forman nuevas ortodoxias y se refuerzan algunas de las antiguas, sobre todo a partir del movimiento contra-reformista iniciado por el Concilio de Trento (1545-1563).

A pesar del enorme peso del pensamiento teocrático, se abre una nueva vía para la interpretación científica. Se inicia mediante la traducción de los textos del fabuloso

Hermes Trimegisto (el Tres Veces Bendito), a finales del siglo XV, por el médico Marsilio Ficino. Se le suponía a ese personaje contemporáneo de Moisés (s. XV a.C.), poseedor de una revelación divina acerca del mundo físico, como el profeta hebreo lo fue del moral.

Durante el Quinientos, Isaac Casaubon situó los escritos herméticos en el siglo III. Puso así de manifiesto la nula relación con la tradición mosaica y su dependencia del movimiento místico y filosófico del neoplatonismo, fundado por Plotino (s.III). Entre ellos, la figura de Pitágoras (s. VI a.C.) cobró gran importancia por su búsqueda de las combinaciones místicas de los números. Se interesaban en descubrir las claves de un mundo de realidades inmutables, mientras para los aristotélicos el estudio de las Matemáticas estaba alejado de cualquier connotación espiritual y ocupaba un lugar modesto entre sus intereses.

Aparece un nuevo pensamiento ocultista, en parte relacionado con los aspectos de la magia medieval, pero basado en un nuevo bagaje cultural clásico. De esa singular manera, durante el Renacimiento cobra fuerza la Astrología, la Alquimia y la Magia, entendidas todas como ciencias ocultas empleadas en el estudio del mundo natural.

En la actualidad se suelen contemplar como pseudociencias extraacadémicas. La Astrología se estudió en las aulas, las otras no. Todas ellas contribuyeron a la construcción de la Ciencia Moderna y a la destrucción de la manera de percibir la realidad en la antigüedad.

Las ciencias ocultas, durante el Renacimiento, tuvieron un cariz muy distinto del actual. Trabajaban sobre unos materiales –el espíritu, los astros, la conexión entre el macro y microcosmos, las leyes de la simpatía universal, el paralelismo entre la materia y el desarrollo interior de los seres humanos, la igualdad entre lo superior y lo inferior– que hoy están absolutamente alejados del mundo de la Ciencia, circunscrito a lo material.

Los sentimientos y las pulsiones interiores se apartaron de los intereses científicos desde el siglo XVIII y siguen fuera, de no considerar científica a la Psicología freudiana.

Durante el Renacimiento, trabajan sobre elementos habituales para los eruditos y lo hacen desde un prisma absolutamente diferente al de los clérigos, mediante equilibrios con la Teología, tratando de evitar un conflicto de consecuencias terribles en los casos de Servet o Giordano Bruno.

Lejos de considerarse una rémora, estos intentos de las ciencias ocultas deben tomarse como uno de los baluartes –en su época– de la Ciencia Moderna, al alejarla de la única interpretación teocrática preponderante hasta el momento.

En definitiva, se produce una mutua interacción entre Ciencia y sociedad; la segunda, al girar del teocratismo al homocentrismo, posibilita una manera diferente de entender la materia y la naturaleza, una nueva Ciencia, engendradora de una tecnología al servicio de la reciente ilusión de convivencia: la nueva Ciencia, la nueva tecnología, son instrumentos, a su vez, para perfeccionar y profundizar el nuevo modelo de orden social.

Durante el Renacimiento se efectuó un tremendo esfuerzo para cuestionar los aspectos más inadecuados de la Ciencia medieval, aunque las fuerzas se agotaron en el derribo de la cosmovisión tradicional y no fue posible el desarrollo de unas bases metodológicas serias para la construcción de la Ciencia moderna. Sólo se sugirió el experimentalismo, pero desde posiciones epistemológicas muy diferentes y, en cierta manera, encontradas: neoplatónicos, neopitagóricos, simbolistas y, en alguna medida, los propios escolásticos o galenistas, aceptaron las aportaciones experimentales, siempre que supusieran modificaciones parciales de la teoría heredada. Los aristotélicos se fortalecieron en la confrontación y, sobre todo, tras las disposiciones doctrinales trentinas, mediante las cuales el escolasticismo quedó ratificado como baluarte de la contrarreforma religiosa.

El humanismo y el humanismo médico en la obra de Andrés Laguna y el *Dioscórides*

Si no pertenece a su pluma el *Viaje de Turquía*, los textos en donde más claramente se refleja el carácter humanista, en el sentido actual del término de amante de las letras humanas o de la literatura, de Andrés Laguna, son el *Discurso sobre Europa*, cuyas circunstancias y finalidades hemos señalado brevemente, ajeno por entero al resto de su obra literaria o científica, y la traducción que hizo de la *Materia Medicinal* de Dioscórides.

En la carta nuncupatoria del texto, Laguna es uno de los primeros en animar a Felipe II a que en los jardines de Aranjuez, que estaba preparando, se añadiesen huertos de simples o botánicos. Su pensamiento concordaba con el del monarca que estableció este

tipo de plantaciones allí, en Madrid, en el Pardo, Valsaín y El Escorial, junto a centros destilatorios de plantas en Aranjuez, Madrid y sobre todo El Escorial⁴⁵.

Lo más interesante acaso del *Dioscórides* sean las anotaciones en donde aclara el texto griego, lo comenta y amplía con su propia experiencia a partir de la edición de Andrea Mattioli, quien primero se mostró gran amigo suyo y luego se enfadó por el uso que hizo de sus grabados⁴⁶.

El *Dioscórides*, en su origen y en la traducción de Laguna, plasma la tradición greco-romana sobre la materia medicinal. Durante la Edad Media se había difundido a Bizancio y desde allí al mundo árabe, muy singularmente Al-Andalus, en donde se había estudiado y engrandecido con aportaciones orientales e hispánicas que Laguna mantiene en parte. Por el contrario, en la Europa occidental cristiana se había empobrecido, en los escritorios de las abadías, y contagiado con ideas míticamente supersticiosas. Alguna de ellas las conserva también Laguna. La corriente hermética, mágica o si se prefiere supersticiosa, de origen altomedieval está también presente en la versión del segoviano, pero es más frecuente el pensamiento racional y la oposición frontal a la creencia en las facultades de las brujas, en lo que se manifiesta como uno de los avanzados del pensamiento antisupersticioso, en un momento en que se las estaba persiguiendo gracias a un “corpus” documental obtenido de manera bárbara. En el libro se incluyen algunos de los remedios americanos aceptados ya por la terapéutica del momento.

En el *Dioscórides* se observan muchas de las mencionadas características de la Ciencia renacentista.

La defensa del español

En la epístola nuncupatoria, dedicada al rey Prudente, hace una actualísima reflexión:

Por donde yo, viendo que a todas las otras lenguas se había comunicado este tan señalado Autor, salvo a la nuestra Española, que o por nuestro descuido, o por alguna siniestra constelación, ha sido siempre la menos cultivada de todas, con ser ella la más capaz, civil, y fecunda de las vulgares: y teniendo entendidos los graves inconvenientes que sobrevenían a cada paso, así en aquellos vuestros Reinos de España, como en otras partes, por la ignorancia de la materia medici-

⁴⁵ PUERTO, Javier (2003)

⁴⁶ Este tema ha sido minuciosa, amplia y certeramente estudiado por GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000)

nal: me resolví de hacerla de Griego a Español, y de ilustrarle con comentarios, y con las figuras de todas las yerbas, sacadas a imitación de las vivas y naturales, en beneficio inmortal de toda la patria.

Este gusto por lo literario –en un libro científico– puede sorprendernos. El mismo Laguna nos lo aclara con su magnífico gracejo, cuando dice que *a veces agrada entre col y col (como dice el refrán) lechuga*.

Un ejemplo muy evidente es cuando habla de la cizaña (*Lolium temulentum* L.) una especie de grama anual que crece en los sembrados, como mala hierba. Dentro de ella vive un hongo cuyos filamentos contienen temulina, una sustancia muy tóxica. Si entre el trigo crece la cizaña y no se separa antes del trillado puede contaminarlo. Las intoxicaciones con harina de cizaña producen problemas en el sistema nervioso y el aparato digestivo: dolor de cabeza, vértigos, zumbido en los oídos, dificulta el habla y la deglución; a veces ocasiona vómitos o somnolencia, siempre gran postración que puede acabar en la muerte por parada respiratoria. Se combate mediante la inducción mecánica al vómito.

Dioscórides (Libro II, cap. XCI) atribuye a la harina con cizaña capacidad de atajar las llagas, la corrupción de la carne y las gangrenas, si se aplica en forma de emplastos con sal y rábanos. Para resolver los lamparones la cocía con vino, estiércol de palomas y simiente de lino. Cocida con agua de miel y aplicada se empleaba para los dolores de ciática. En sahumero con betún judaico, incienso, mirra y azafrán, ayuda a empreñar.

Seguramente *Dioscórides* y, desde luego Andrés Laguna, durante el Renacimiento, conocían la intoxicación por cizaña. Dice el segoviano:

Así como entre los hombres hay algunos pestilenciales, que con sus dañosas costumbres no sirven sino de perturbar el común estado de la república, en el mismo modo se cría la cizaña entre las cebadas y los trigos, gravísima enfermedad y contagio de ellos.

Otro ejemplo de mezclar las virtudes medicinales con observaciones morales o si se prefiere de costumbres, ajenas por entero a la ciencia, lo encontramos cuando habla de la panacea, kallitrichon o adianto. Es el *adiantum capillius-Veneris* L., conocido como culantrillo de pozo.

Los primeros griegos lo supusieron en contacto con Venus, le dieron valor de panacea y la consideraron una planta capaz de proporcionar la belleza. Se cría en los rezumaderos de los peñascos y en las paredes de los pozos, junto a fuentes, en grutas con goteras y luz...

*Dioscórides*⁴⁷, al hablar del Tricomanes (Libro IV, cap.CXXXVIII), atribuye actividad para los enfermos del bazo, los ictericos y los que no pueden orinar. Para él, desmenuza la piedra, restriñe el vientre y remedia a los mordidos por serpientes, cubre de cabellos la tiña y resuelve lamparones. Mezclada en el manjar de los gallos y codornices, los hacen más esforzados para el combate.

En su anotación Laguna explica su nombre:

Porque aunque llueva sobre ella, y la sacudan mil veces dentro del agua (cosa digna de admiración) jamás se pega una gota, sino siempre se muestra seca y enjuta: en lo cual se parece a ciertas doncellas constantes y virtuosas, que aunque mueran de amores de algunos sus favoritos, y se les salga el alma tras ellos, todavía cuando los tienen delante, los despiden con mil denuestos, quedándose del todo enteras e inmaculadas. Lo digo porque el culantro de pozo no pudiendo vivir sino por las fuentes y las albercas, no admite jamás las aguas en sí, de las cuales es muy sediento.

Un ejemplo más nos lo proporciona al ocuparse del Olivo, la *Olea europea* L. (*Dioscórides* Libro I, cap. CXVI).

Andrés Laguna⁴⁸ habla del doméstico y del salvaje. Considera más fértil el segundo:

De donde consta que el regalo y vicio comúnmente engendra esterilidad. Y así vemos que los príncipes y grandes señores, criados con toda la delicadeza del mundo y, como dicen, con agujeros, hacen muy pocos hijos, y esos flacos, tiernos, cuitadillos y de muy corta vida.

Andrés Laguna y el vino

En donde el tema alcanza todo su esplendor es en el tratamiento que hace del vino, que le llevó a que alguno de los ejemplares fuera expurgado por el plumín diligente del inquisidor del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, que tachó varios de los párrafos.

El médico segoviano, alejado ya de la teocracia medieval y con sólidos conocimientos sanitarios y filosóficos, inicia una corriente según la cual son mucho más abundantes los inconvenientes y males producidos por su ingestión que los provechos obtenidos.

⁴⁷ Cit. por FONT QUER, Pío (1995) pp. 69-70.

⁴⁸ Cit. por FONT QUER, Pío (1995) p. 745.

Explica como el Creador mantuvo ocultas las virtudes de la vid hasta descubrírse las a Noé, el primero en notar sus graves inconvenientes (*Dioscórides*, Libro V, cap. I):

Porque cierto no puede venir mayor daño, desventura, ni desastre a un nacido, que andarse todo cayendo, hablar cien mil desconciertos y desatinos, descubrir su secreto a quien no se lo pide, encenderse en un fuego voluntario y dejarse ir a rienda suelta tras todo género de lujuria.

Menciona, a continuación, los excesos cometidos por los grandes a consecuencia del vino. Pone ejemplo en Alejandro Magno, quien mataba a sus amigos cuando estaba borracho y luego lloraba sobre sus cuerpos al recobrar la normalidad.

Atribuye a Aníbal la estratagema de dar a sus enemigos vino con mandrágora, con lo cual demuestra que esa argucia militar se convirtió en un auténtico lugar común, transformado en anécdota para cualquier caudillo de prestigio.

Se queja de sus calamitosísimos tiempos, en donde los padres dan de beber a los niños, aunque:

No debemos maravillarnos de esto, pues por la mayor parte son engendrados de padres beodos, o vinolentos, y concebidos por madres borrachas.

Se lamenta de cómo la embriaguez, constreñida anteriormente a Alemania y las regiones septentrionales, se extiende por Italia y España. Antes sólo entre plebeyos y populares, ahora sobre los príncipes, varones de letras y:

Lo que no se puede decir sin lágrimas, sobre los eclesiásticos... así que ya por nuestros pecados, casi en todas las regiones de Europa, es tan celebrada, tan seguida, y exaltada la borrachez, que si vivimos algunos días, la veremos canonizada por santa.

Estas palabras, con un claro matiz erasmista, no fueron bien vistas por la Inquisición y corren tachadas en todos los ejemplares en donde pudo dejar su huella el inquisidor. Afortunadamente la *Materia Medicinal* se publicó mucho entre el siglo XVI y XVII y son mayoría los tomos sin mácula.

El Laguna festivo y autobiográfico

Un ejemplo de su gusto por las divagaciones literarias sería su anotación sobre las cantáridas, en donde para ilustrar su acción cuenta, en primera persona, una narración picaresca con un leve matiz boccacciano; dice Laguna (*Dioscórides* Libro VI, cap.I):

En cierta botica de Metz, residiendo yo en aquella ciudad, fue ordenada una medicina que llevaba cantáridas, para cierto novio impotente. Juntamente otra de cañafistula [un purgante] para refrescar el hígado, y los riñones del Guardián de la orden de San Francisco febricitante: y aconteció que trastocándose los brebajes por yerro, el novio (el cual bebió la del fraile) pusiese aquella noche del lodo, y aún peor, la cama, y la novia: y el fraile por otra parte, que tomó la del novio, anduviese por todo el convento (como podéis bien pensar) hecho un endemoniado, que no bastaban pozos, ni aljibes, ni estanques, para resfriarle.

Tal vez sucedió la anécdota, pero todo parece indicar que la tomó, con inmejorable humor de un cuentecillo literario, lo que habla mucho de su interés en la escritura y aporta un argumento más en favor de su interés en ese tipo de temas.

Su gusto por lo narrativo lo vuelve a demostrar cuando se refiere a la higuera breval, llamada negra por los agricultores (*Ficus carica* L.), y los higos; considerada bajo el influjo de Júpiter (*Dioscórides* Lib. I, cap. CXLV) hace comentarios muy jugosos, algunos ya reseñados al mencionar su viaje por mar desde Francia a Lisboa. También asegura:

Dícese que no se halla jamás haber sido asaltada de rayos.

Según la leyenda de que los árboles sometidos a la protección jupiterina nunca atraían las chispas de las tormentas.

Como se ha puesto de manifiesto en varias ocasiones, el autor, en cuanto intelectual renacentista, se toma a sí mismo como medida de las cosas. Ya he hecho referencia a varias cuestiones biográficas que apunta en su obra.

Cuando menciona el chamaileôn o camaleón; se refiere al camaleón blanco (*Dioscórides* Libro III, cap. XII). No tiene que ver con la *Carlina acaulis* L., sino con la *Atractylis gummifera* L, llamado *cardo ajonjero*, de donde se saca la liga para cazar aveci-llas⁴⁹. La dificultad en identificarla hace pensar que el consejo de Andrés Laguna, como específico contra la pestilencia se refiere a la Carlina: *Carlina acaulis* L. La recomienda como admirable remedio contra la peste cuando habla del “Camaleón negro” (*Dioscórides* Libro III, cap.IX):

Lo cual yo, seguramente, puedo testificar, porque hallándome el año de 1542 en Lorena, a donde morían como chinches por la gran corrupción del aire, con el uso de la dicha raíz molida y bebida con vino, me preservé a mí y a toda

⁴⁹ Las reflexiones sobre su identificación en FONT QUER Pío (1995) pp. 836-838.

mi casa, de la cual no me faltó persona alguna sino un pajecillo que, menospreciando la cordial medicina por no ser de tan buen gusto como un torrezno se quiso salvar a sí mismo.

Recoge una tradición medieval pues se empleó, inútilmente, contra esa enfermedad epidémica.

En cuanto a los lugares y las personas de las que recibió alguna información encontramos varios ejemplos, algunos ya mencionados.

Al hablar del phlomos o phlomis, lo que Laguna y Mattioli interpretan como *verbascum silvestre* es el *Phlomis lychitis* L., conocida como candilera, *Dioscórides* lo describe como gordolobo.

Laguna (*Dioscórides* Libro IV, cap. CV) explica las variedades de gordolobo, llamadas en griego phlomis y en latín verbascum, y escribe:

Todas estas especies vi en Pisa, en el jardín del Duque Cosme de Médicis ... cada una de ellas es moderadamente caliente y seca.

Cuando se ocupa del Satyrion (*Dioscórides* Libro III, cap. CXXXVII) al que en los herbarios astrológicos griegos se le atribuyen propiedades afrodisíacas, recoge las indicaciones de *Dioscórides*, quien menciona al *compañón de perro*, *otra suerte de compañón* y el *satyrion*.

Serían diversos géneros de orquídeas. La *Orchis morio* L., *O. masculata* L.; *O pyramidalis* L.; *O coriophora* L. etc.

La raíz del satyrion serviría para:

Satisfacer a la dama, porque (según dicen) despierta y aguijonea la virtud genital.

En su anotación, Laguna, indica que en sus tiempos, en lugar del satyrion se empleaban los compañeros de perro y se afana en mostrar las diferencias. Aclara que no consta, entre los hombres doctos, cual planta sea el verdadero satyrion,

Aunque me acuerdo de haber visto de aquella primera especie, que se dice trifolio, en Roma, en el jardín de Maestre Josepho, médico de Madama Margarita de Austria. Del compañón del perro ... se hallan a cada paso cinco o seis diferencias ... [sería la] Palma Christi de los herbolarios. Esta es la que así los latinos, como los griegos modernos, llamaron satyrium basilicum y bucheiden los árabes: entre los cuales Avicena llama Dedos citrinos.

También nos proporciona datos biográficos cuando habla del Ládano o jara.

Es el *Cistus ladaniferus* L. un arbusto muy frecuente en nuestros bosques, florido en blanco, con ramitas muy pringosas de excelente olor. En la actualidad sólo se usa en perfumería.

En el *Dioscórides* (Lib. I, cap. CVIII), indica la manera de obtenerlo. Cuando pacen las hojas los cabrones, las cabras o las ovejas, se queda pegado a sus pelos el licor graso que destilan. Los pastores les peinan y lo cuelan como se cuele la miel, lo amasan y lo guardan.

Durante el Renacimiento, Laguna modifica algo el método de recolección:

Viniendo yo de Toledo a Segovia, el año de 39, me mostró un boticario más de diez libras de ládano perfectísimo que había él mismo cogido echando en agua muy hirviendo la jara, y sacando después la grasa, que a manera de aceite nadaba por encima del cocimiento. La cual vía de recoger el ládano tengo por más honesta, más fácil y mucho más provechosa. Porque no solamente parece una cosa sucia, fea y abominable, peinar la barba, y lo demás, al cabrón, empero también el ládano que en esta forma se adquiere, por más que lo purifiquen, siempre hiede a cabruno.

Hasta el siglo XIX, se utilizó para preparar el Emplasto Regio Contra Rotura, mezclándolo con esencia de trementina y pez negra. Se empleaba para curar hernias y quebraduras⁵⁰.

Entre sus intereses parece encontrarse también la Alquimia, como correspondería a cualquier científico informado de su época.

Cuando habla de la celidonia, *Chelidonium majus* L., llamada también golondrinera, hierba de las golondrinas o verruguera (*Dioscórides*, Libro II, caps. CLXXI y CLXXII) explica que la llamaban los alquimistas *Don de Dios*, porque les sirve mucho para obtener su quinta esencia.

Si lo queremos ver racionalista, escéptico y burlón, como tantas veces, acudamos a sus comentarios sobre la mandrágora y sus fábulas (*Dioscórides*, Libro IV, cap. LXXVII).

Atribuye la calificación de anthropomorfos a Pitágoras, debido a su parecido a las piernas humanas:

Aunque no contentos muchos burladores con esto, quieren persuadir, que se nos parece en todos los otros miembros: y así para engañar al pueblo ignorante y crédulo, suelen en la raíz de la caña o en aquella de la Bryonia, esculpir y entretallar todas las partes del hombre, injertando ciertos granillos de trigo en aquellos lugares del cuerpo, de los cuales quieren que nazcan yerbas, en vez de cabellos, o pelos. Formadas pues las dichas raíces con este fraudulento artificio, las meten debajo de tierra, hasta que les crezca la barba, y cobren otra nueva corteza: y entonces las sacan como cosa monstruosa, y las venden por cuanto quieren, para hacer hijos a unas mujercillas estériles, que mueren por empreñarse.

El Laguna racionalista

Su espíritu antisupersticioso adquiere su más alta cota en un largo relato efectuado por Andrés Laguna en su anotación al Solano (*Dioscórides* Libro IV, cap. LXXV) que debe ser transcrito y leído con calma, extensión y solaz:

Siendo yo médico asalariado de la ciudad de Metz, visité al Duque Francisco de Lorena, que estaba malo en Nancy, el año de 1545. En la cual sazón vino allí a su Señoría todo un concejo a pedir justicia y venganza contra dos vejezuelos desventurados que eran marido y mujer, y se tenían en una ermitilla, a media legua de aquella villa, por cuanto (según la pública voz y fama) eran brujos notorios, y quemando la sementera, matando todo el ganado, y sorbiendo la sangre a los niños, habían hecho daños irreparables. Oídas tan acerbas incriminaciones, mandó el Duque prenderlos, y meterlos a la tortura: los cuales confesaron luego todo lo susodicho, y entre otras muy horrendas hazañas, afirmaron que ellos habían muerto al Duque Antonio su padre; y a él dándole aquella enfermedad tan grave, que poco a poco le consumía. Preguntándoles el Duque, porque respecto, y en qué forma le habían hecho enfermar, dijo el viejo constantemente, que porque el jueves de la cena pasada, su Excelencia no le había lavado los pies, y vestido entre los doce pobres, como solía los otros años, entró en una melancolía muy grande; y que después como siempre le viese el diablo muy triste en el cerco, entendida la causa de su tristeza le dijo, si quieres vengarte del Duque, toma esta vara, y cuando le vieres pasar por tu ermita, échasela delante de los pies del caballo, y así trabucará y se hará mil pedazos. Empero si no le quieres matar, si no tenerle enfermo, sal como a pedirle limosna al camino, y procura resollarle en el rostro: porque entonces estando yo a tus espaldas, soplaré también por tu colodrillo, y le inficionaré con mi anhelo de tal suerte que ninguno, sino tú, pueda jamás sanarle. En este modo pues dijo el brujo ermitaño que había infectado al Duque, con intención de curarle presto, con un secreto

⁵⁰ *Farmacopea matritense en castellano*, Madrid: imprenta Calle de la Greda, 1823, pág.280.

remedio que le había enseñado su maestro el demonio. Por donde aún que el consejo se resolvió, en que fuesen quemados entrambos, todavía el Duque hizo gracia y merced de la vida al viejo, por la confianza que en él tenía de su salud, y así la vieja fue hecha polvos en presencia de su marido: el cual después siendo regalado y favorecido en extremo por el Príncipe, aún que tenido siempre a muy buen recaudo, un día con sus guardias se fue a cenar al lugar de donde le habían acusado, y habiendo hecho aquella noche muy buena cena, y cenando en gran regocijo, amaneció ahogado; tras el cual murió el Duque desde a no muchos días. Se decía entre los populares, que el diablo había torcido el cuello al villano, porque no diese salud al Príncipe. Otros tenían sospecha, que los labradores de aquel lugar, por la envidia y odio que le tenían, le habían mezclado veneno. Empero, ¿qué tiene que hacer este cuento con el solano? Entre otras cosas que se hallaron en la ermita de aquellos brujos, fue una olla medio llena de un cierto unguento verde, como el del Populeon: con el cual se untaban: cuyo olor era tan grave y pesado, que mostraba ser compuesto de yerbas en último grado frías y soporíferas: cuales son la cicuta, el solano, el beleño y la mandrágora: del cual unguento, por medio del alguacil, que me era amigo, procuré de haber un buen bote; con que después en la ciudad de Metz, hice untar de pies a cabeza la mujer del verdugo, que de celos de su marido, había totalmente perdido el sueño, y se había vuelto medio frenética: y esto, así por ser el tal sujeto muy apto, en quien se podían hacer semejantes pruebas: como haber probado infinitos otros remedios en balde, y parecerme que aquel era mucho a propósito, y no podía dejar de aprovechar, según de su olor y color fácilmente se colegía. La cual súbito en siendo untada, con los ojos abiertos como conejo, pareciendo también ella propiamente una liebre cocida, se durmió de un tan profundo sueño, que jamás pensé despertarla. Por donde con fuertes ligaduras y fricciones de las extremidades, con perfusiones de aceite costino, y de euforbio, con sahumeros, y humo a narices, y finalmente con ventosas, la di tal priesa que al cabo de treinta y seis horas se restituyó en su juicio y acuerdo: aunque la primera palabra que habló, fue: ¿Porque en mal punto me despertaste, que estaba rodeada de todos los placeres y deleites del mundo? Y vueltos a su marido los ojos (el cual estaba allí todo hediendo a ahorcados) le dijo sonriéndose. Tacaño, te hago saber que te he puesto el cuerno, y con un galán más mozo y más estirado que tú: y diciendo otras cosas muchas, y muy extrañas, se deshacía porque de allí nos fuésemos y la dejásemos volver a su dulce sueño ... de donde podemos conjeturar, que todo cuanto dicen y hacen las desventuradas brujas, es sueño, causado de brebajes y unciones muy frías. Las cuales de tal suerte las corrompen la memoria, y la fantasía, que se imaginan las cuitadillas, y aun firmísimamente creen, haber hecho despiertas, todo cuanto soñaron dormidas.

El suyo es un firmísimo testimonio contra el fenómeno de la brujería, basado en su experiencia particular. No es el primero. Ya en 1539 Joan Wier, un médico holandés, discípulo de Paracelso y de Agripa. se había negado a aceptar que las mujeres acusadas de brujería poseyesen poderes sobrenaturales, pero Laguna explica, de manera racional, cual es el origen de sus fantasías y eso en un momento en que el *Malleus malleficarum*,

el famoso tratado dedicado al análisis y caza de las brujas, estaba en su máximo esplendor y la Inquisición tanto católica como protestante, afanadas en su captura y exterminio, no deja de ser un acto verdaderamente atrevido en aras de lo que Laguna consideraba la verdad científica y lo moralmente aceptable.

El Laguna crédulo

Hasta ahora hemos visto cuestiones relacionadas con la adaptación de las obras científicas y humanísticas griegas y helenísticas; la crítica de las mismas y su adaptación por medio de la propia investigación personal. Otra de las características científicas del Renacimiento es la continuidad del pensamiento medieval. Aunque en pequeñas dosis, también está presente en el *Dioscórides* traducido y comentado por Laguna.

La *pedra del águila*, es una variedad de limonita de color pardo y con el polvo amarillo leonado, de aspecto redondeado y hueco, como si tuviera dentro un objeto sólido que, a veces, produce ruido sordo al moverla. Se llamaba así por la creencia de que las águilas las llevaban a sus nidos para facilitar la puesta de huevos por las hembras⁵¹.

Dioscórides asegura que atada al brazo izquierdo de las embarazadas retiene el parto hasta llegada la hora de dar a luz; En ese momento, si se desata del brazo y se ata al muslo derecho de la parturienta, dará a luz sin dolor.

Por si fuera poco, si la amasamos con el pan y se la damos a comer a un ladrón, no podrá tragarla, ni ninguna cosa que fuera cocida con él.

Andrés Laguna (*Dioscórides*, Libro V, cap. CXVIII) acepta la creencia intemporal, si bien aconseja que *sean hurtadas del propio nido del águila: pues aquellas son las más escogidas*, discute si es mejor atarla al brazo y muslo derecho o izquierdo y aconseja que una vez acabado el parto se desate con presteza, pues si no *precipitaría la madre* porque la atrae la piedra hacia sí, *ni más ni menos que la piedra imán el acero*.

En definitiva una piedra maravillosa, algo complicada de obtener si no se es alpinista y tan válida para un roto (retener o facilitar el parto) como para un descosido (descubrir ladrones en la vecindad).

⁵¹ VV.AA. (1865) T. II, pág. 425.

Cervantes y Laguna

Queda por tratar, con brevedad, la fama del *Dioscórides* traducido por Laguna. Como vimos, se reeditó en muchas ocasiones, durante el siglo XVI y XVII, y su tenencia fue obligatoria en las boticas de España hasta finales del XVIII y del cual se han efectuado numerosas ediciones facsimilares⁵².

En ese periodo de tiempo su fama fue tal que nuestro Miguel de Cervantes lo cita en su *Don Quijote*:

Con todo respondió Don Quijote, tomara yo ahora más aína un quartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe *Dioscórides*, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna⁵³.

Recientemente dos autores defienden, con brillantez, que Cervantes pudo tener acceso a la obra –sin lugar a dudas, si no no la hubiera citado– y que de la misma procede lo fundamental de la materia medicinal citada por el autor⁵⁴.

Puede ser así, pero de realizar una lectura de la obra fue poco atenta y, desde luego, no destinada a formar un criterio farmacológico, sino a informarse, muy por encima, de los temas tratados.

Don Miguel de Cervantes, en el *Quijote*⁵⁵, al hablar del éxito de los poetas, dice refiriéndose al laurel:

Los honran, los estiman y los enriquecen con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo.

En lo que se muestra acorde con Plinio.

⁵² El *Dioscórides* de Andrés Laguna ha tenido numerosas ediciones facsímiles. En el año 1968 lo publicó el Instituto de España con una excelente introducción de Teófilo Hernando, en la cual se hacía eco de mucha bibliografía y manejaba amplio material de archivo. En 1983 las ediciones de Arte y Bibliofilia, efectuaron una publicación con introducciones de Otto Mazal, Agustín Albarracín y Guillermo Folch. En 1991 la Comunidad de Madrid publicó el texto de la Biblioteca Nacional, el llamado *Dioscórides* de Felipe II, muy bellamente ilustrado, aunque la edición facsimilar podría mejorarse, con introducciones de Pedro Laín Entralgo, Manuel Alvar, Rafael Alvarado Ballester y Alfredo Alvar Ezquerro. En 1999 la Fundación de Ciencias de la Salud ha efectuado una nueva edición facsímil con introducciones de Pedro Laín, Juan Esteva de Sagra, Juan Tamargo, Aurora de Miguel, F. Javier Puerto y Juan Riera.

⁵³ CERVANTES, Miguel de (1999), pág. 195

⁵⁴ LÓPEZ-MUÑOZ, Francisco; ÁLAMO, Cecilio (2007).

⁵⁵ CERVANTES, Miguel de (1605-1615) Tomo II, cap. 16.

Andrés Laguna (*Dioscórides*, Libro I, cap. LXXXVI) nos cuenta como se coronaban con sus hojas a los emperadores y a los generales invictos. Dice:

Todos los escritores confirman, que el laurel jamás fue, ni puede ser, sacudido de rayo: por nuestros días el año de 1539, aquí en Roma se vio la contraria experiencia, cuando en el Palacio del Duque de Castro, cayó un impetuosísimo rayo quebrando un muy hermoso laurel, que aún hoy en día se ve herido y despedazado: lo cual por cierto se tuvo por muy infeliz agüero del desastrado fin que después tuvo el Duque en Plasencia, el cual estaba no menos asegurado que su laurel poco antes de que le asaltasen. Así que a la ira de Dios (como dicen las viejas) no hay caja fuerte ni se halla cosa tan eficaz que baste a defendernos de los juicios fatales.

Con lo cual, una vez más, enfrenta su propia experiencia a las creencias intemporales y lo hace cuando puede, porque en el caso de la higuera, a la que no había visto herida por el rayo, mantiene la creencia tradicional. Cervantes, ¿difería de Laguna o no lo había leído?

En el divertidísimo capítulo del yelmo de Mambrino (Tomo I, cap. 21) don Quijote ve venir de lejos a un barbero sangrador. Para protegerse del sol, lleva su bacía sobre la cabeza; el hidalgo la confunde con la fabulosa celada y arremete contra el artesano. Cuando el pobre hombre recula ante la embestida del caballero, para explicar su aparente cobardía don Quijote acude a un ejemplo de la historia natural y de la farmacopea: el del castoreo.

Según el *Diccionario de Farmacia*⁵⁶, los órganos genitales del *Castor fiber* L. están unidos a una bolsa que llega hasta el nacimiento de la cola; a cada lado del conducto hay dos pares de glándulas de los que el inferior, situado en las proximidades del ano, contiene una sustancia oleoso amarilla, de olor desagradable. Probablemente por ello se le atribuyó un poderoso valor alexifármaco. También se utilizó como antiespasmódico. En España era una droga medicinal exótica. Durante mucho tiempo se supuso extraída de los testículos del animal, en torno a lo cual existía una preciosa leyenda; la narrada por Cervantes:

Se dejó la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido.

⁵⁶ VV.AA. (1865) T.I, pág. 612

Andrés Laguna (*Dioscórides*, Libro II, cap. XXIII) había dicho ya lo contrario que Cervantes y nos proporciona, con muchísimo gracejo, una interpretación más acorde con la realidad:

Los que dicen que este animal redime su vida con los compañoncicos, por los cuales es acosado: y que a bocados yendo huyéndose los arranca, y deja a los cazadores, falsamente se lo levantan: visto que no puede alcanzar a ellos, por estar encogidos y retirados: y aunque alcanzase, no lleva el cuitadillo ese espacio, y antes dejaría los ojos, que la tal prenda.

Como se ve, tampoco andaba privado de buen humor el médico.

Si quedan partidarios de que sí leyó a Laguna, (o mejor que lo leyó con algún provecho científico) pueden traer a colación la cita del maná (Tomo II, cap. 13) cuando describe un amanecer:

Saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófár; los sauces destilaban maná sabroso...

El maná de los israelitas se ha identificado con un liquen, el *Lichen esculentus* Pall., con el cual se podía efectuar una especie de pan. El utilizado con tal nombre como purgante, procede del sangrado de unos fresnos (*Fraxinus ornus* L.) en cuya corteza se hacen incisiones durante el verano para que fluya una gomo-resina, de sabor dulzón y levemente purgante⁵⁷. Benito Jerónimo de Feijoo⁵⁸ en el *Suplemento del Teatro Crítico*, da cuenta de que se creía, todavía en su época, procedente del rocío del cielo, cuajado sobre los fresnos. Según su testimonio, desde cerca de doscientos años antes, dos o tres autores, con observaciones oculares, reconocieron que no es rocío, sino el jugo destilado por el mismo árbol.

No estuvo entre esos autores Laguna (*Dioscórides* Libro I, cap. XXIX) quien asegura:

A todo el mundo es notorio, que la Manna es un suave rocío que cae del cielo, sobre ciertas matas y árboles.

⁵⁷ VV.AA. (1865) cit. tomo II, pág. 201; FONT QUER Pío (1995) pp. 739-740.

⁵⁸ FEIJOO, Benito Jerónimo de (1740) vol. IX, pp. 37 y 38

¿De cuál habla Cervantes, del alimento bíblico o del purgante? Todo parece indicarnos una simbiosis entre ambas leyendas. La de algo muy agradable y comestible caído de los cielos, recogido sobre las hojas de los sauces, árboles absolutamente ajenos a los citados por los herboristas y farmacólogos. En definitiva, una recreación poética pastoril. Nada que ver con asuntos científicos o relacionados con la ciencia.

Con respecto a lo indagado en estas páginas, lo que sea de su gusto. Cervantes pudo leer a Laguna o no. Los párrafos relativos al laurel y al castoreo atestiguan lo segundo y no sólo eso, lo mencionado en el Quijote está en contra de los conocimientos paradigmáticos de la época sobre farmacología. Sus intereses eran muy distintos a los de los científicos⁵⁹.

La “Materia Médica de Dioscórides” de Andrés Laguna hoy

Tras un paréntesis editorial, Pio Font Quer publicó, ya en el siglo XX, *El Dioscórides renovado*, depurado de las creencias farmacológicas renacentistas. Se convirtió en el libro de cabecera de la terapéutica familiar o casera.

Desde la perspectiva literaria, su gran talento narrativo, la ironía, el buen humor, la belleza de sus descripciones son tan actuales que han sido poéticamente reelaboradas por Antonio Gamoneda en su obra contemporánea, titulada *Libro de los venenos*⁶⁰.

El humanismo médico en la obra de Andrés Laguna.

Quienes convirtieron la medicina en algo lógico y racional, apartado por entero de las interpretaciones mágico-sacerdotales fueron el griego Hipócrates y el romano Galeno, aunque ambos redactaron sus textos en griego.

Tras la caída del Imperio romano la Europa occidental cristiana se barbarizó y quedaron muy pocos vestigios clásicos, salvo en algunos monasterios, de la cultura greco-latina. La Edad Media supuso, en éste ámbito, la traducción del corpus hipocraticum y de la obra galénica al árabe y su posterior reelaboración a cargo de sus grandes médicos. La cumbre de esa corriente islámica la supuso Avicena, cuyo Canon sirvió de libro de

⁵⁹ PUERTO, Javier (2005); PUERTO, Javier (2005 A) pp. 141-154.

⁶⁰ GAMONEDA, Antonio (1995).

texto en las primeras universidades medievales europeas, a las que llegó gracias a la Escuela de Salerno y la Escuela de Traductores de Toledo. Los árabes no sólo se sirvieron de los textos originales, también de las sinopsis efectuadas por los intelectuales cristianos bizantinos, cuya misión histórica fue sintetizar y transmitir la cultura clásica. El llamado galenismo islamizado cuya cumbre, repito, es la obra de Avicena, resultaba más sencillo de entender, desde el punto de vista conceptual, que la obra del propio Galeno y, en el ámbito de la terapéutica farmacológica su *Poema de la Medicina* supone un auxilio imprescindible para comprender la farmacología galenista, además de añadir un gran número de remedios a los tradicionalmente galénicos, al sumar los de los territorios dominados por los árabes.

Los intelectuales de la Baja Edad Media, sin embargo, empezaban a cansarse del criterio de autoridad impuesto en las cátedras universitarias, en las cuales cualquier contradicción de la práctica médica o terapéutica con los textos se resolvía siempre a favor de ellos, desechándose toda observación personal, de la misma manera que la Teocracia imperante impedía toda exégesis personal de *La Biblia*. El galenismo arabizado disfrutaba de idéntica capacidad autoritaria frente a toda observación personal.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos hizo que muchos intelectuales cristianos emigraran a Europa con sus manuscritos griegos bajo el brazo y fueron recibidos de manera entusiástica por todos aquellos que consideraban bastardeado el prístino pensamiento greco-latino por las traducciones islámicas. De esa manera una pléyade de intelectuales, bautizados como humanistas, se pusieron a la tarea de traducir al latín los textos griegos, primero de los filósofos y entre ellos Hipócrates y luego los médicos, singularmente Galeno. Tras la traducción llegó la decepción, como se ha indicado líneas arriba, las críticas o *castigationes* y la apertura a la propia experimentación personal, si bien la lógica aristotélica del pensamiento galenista no permitió su modificación parcial; fue necesaria su total destrucción para dar lugar a la ciencia moderna. Esto sucedió en el caso de la Anatomía con Vesalio, lo mismo que la Astronomía copernicana acabó con las creencias de Ptolomeo, pero en otros ámbitos y concretamente en el de la Medicina y la Terapéutica requirió de muchas rupturas paradigmáticas previas. Tardaron siglos y no se concretaron de manera absoluta hasta el XIX.

Laguna fue uno de esos médicos humanistas que aplicó el método filológico al avance médico o, al menos, a la recuperación de la tradición galenista. Sus escritos anatómicos, al contrario que los de Vesalio, no suponen ruptura alguna con el sabio de Pérgamo; tampoco sus trabajos sobre Galeno, el más importante e influyente de los cuales fue sus *Epitomes Omnium Galeni pergameni operum*.

La obra de Laguna, en éste ámbito, se encuadra en la de otros humanistas españoles como Juan Bravo de Piedrahita, Jaime Sagarra, Fernando Mena, Francisco Valles o Cristóbal de Vega, catedráticos de Alcalá de Henares muchos de ellos, que al finales del siglo XVI y principios del XVII sería sintetizada en la *Opera omnia* del protomédico Luis Mercado, aunque a todos los sobrepasa en amplitud e influencia.

El *Epitome* o resumen de las obras de Galeno, supone una sistematización de su obra. No se trata de una edición crítica, sino el ofrecimiento de lo mejor de su contenido a los profesionales médicos y a los estudiosos de la Medicina. En el texto, a diferencia de lo sucedido en el *Dioscórides*, no figuran comentarios personales de Laguna, en quien predominó una absoluta fidelidad a su pensamiento, seguramente instalada desde sus clases con Winter von Adernach en París.

Esta obra no tuvo gran éxito en España, desde luego en nada comparable con su traducción del *Dioscórides*, pero sí en el resto de Europa. A lo largo del siglo XVI se reeditó al menos en cuatro ocasiones (Basilea 1551 y 1571) y Lyon (1553 y 1554). También John Jones la tradujo parcialmente al inglés (Londres, 1574). Durante el siglo XVII se efectuaron siete ediciones sucesivas entre 1604 y 1643, lo cual permite afirmar su gran influencia a pesar de no tener el renombre que la traducción de la *Materia Médica* le supuso en España⁶¹.

Su obra personal, ya lo hemos señalado, se ciñó al ámbito de la gota, de la urología y de la peste y aunque añade algunas observaciones personales se ciñe siempre al más estricto galenismo.

El médico renacentista.

En España, Felipe II (1527-1598) hizo lo necesario para regular la formación y el ejercicio profesional de los sanitarios. Los situó entre sus servidores predilectos, pero fueron ellos mismos quienes se ocuparon de exponer las exigencias éticas y las cualidades morales o personales, indispensables en el ejercicio de sus respectivas profesiones, en una actitud similar a la del resto de los sanitarios europeos. De esta manera su consideración social se elevó por la vía de la regulación y el reconocimiento regio y por la de su propia autoexigencia.

⁶¹ RIERA, Juan (2013); ARRIZABALAGA, Jon (2013).

Blas Álvarez de Miraval, en su *Libro intitulado la conservación de la salud del cuerpo y del alma...*,⁶² afirma que todos los médicos *en el exercitar de su arte han de ser semejantes a los ángeles* y, por tanto, han de acudir primero al auxilio divino.

Juan Huarte de San Juan, en el *Examen de ingenios para las ciencias*, escribe:

En dos cosas consiste la perfección del médico ... la primera es saber por método los preceptos y reglas de curar al hombre en común; la segunda es haberse ejercitado mucho tiempo en curar⁶³.

Quien se ocupa minuciosamente del tema es Enrique Jorge Enriquez. En el *Retrato del perfecto médico*⁶⁴, aconseja que sea temeroso de Dios. Muy humilde. Ni soberbio, ni vanaglorioso. Caritativo, manso, benigno, afable, no vengativo. Que sepa guardar secretos, no sea lenguaraz, ni murmurador, ni lisonjero, ni envidioso. Además, templado, prudente, continente, honesto, recogido, dado a las letras, curioso, trabajador y capaz de imitar a los varones doctos. No le deben gustar los sofismas, ni ha de rehuir las discusiones científicas. Alerta sobre los peligros de la impericia, aconseja al médico que vaya decente y limpio, sea frugal, celoso de su honra y, en el aspecto intelectual, gran latino, conocedor del griego y el árabe, buen anatomista, con conocimientos de cosmografía y de música, gran lector y haber viajado al extranjero. Entre sus entretenimientos debe alejarse del juego de cartas⁶⁵.

Pese a tantas recomendaciones, en la sociedad española renacentista se reconocía al médico por su atuendo. Vestían habitualmente un sayo de terciopelo y, en días especiales, de damasco. Sobre él, un capote de paño con vueltas de terciopelo. Se cubrían con un capirote, también de terciopelo negro forrado de carmesí, con borla de oro y azul. Usaban numerosos anillos de oro, tantos más cuanto más importante era su clientela y en sus desplazamientos utilizaban mulas aderezadas con gualdrapas de terciopelo⁶⁶.

Los cirujanos disfrutaban de una instrucción, consideración social y de unos emolumentos inferiores a los de los médicos, distintos si eran “latinistas” (capaces de leer los textos latinos) o “romancistas” (lectores sólo de sus lenguas respectivas).

⁶² ÁLVAREZ DE MIRAVAL, Blas (1597).

⁶³ HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1996) p. 306.

⁶⁴ JORGE ENRÍQUEZ, Enrique (1981).

⁶⁵ HERNÁNDEZ MOREJÓN, Antonio (1843 Tomo 3, pp. 386-393).

⁶⁶ GRANJEL, Luis S. (1980) p. 71.

Los médicos eran los únicos instruidos en las universidades desde la Baja Edad Media. El resto de los sanitarios se formaban mediante el sistema gremial, se les consideraba artesanos y los boticarios ocupaban un espectro social más elevado al de los cirujanos, sobre todo si eran “romancistas”, cirujanos-sangradores o barberos, si bien los latinistas, como algunos boticarios, podían alcanzar puestos importantes al servicio real.

Pese a su diferente consideración social, los cirujanos eran también muy autoexigentes con las virtudes necesarias para ejercer su profesión.

El buen cirujano había de tener conocimiento de todas las partes de la Medicina, incluida la terapéutica –*que sepa buscar los remedios necesarios*–; Debe ser afable y alegre. No puede comportarse deshonestamente en las casas en donde entra. Debe saber guardar el secreto de cuanto vea u oiga en el ejercicio de su profesión. Ha de ser moderado y mostrar siempre el lado amable de las cosas. Ha de guardar el decoro de su persona y antes ser tenido *por liberal* que *por escaso*. Ha de tener muchos amigos, pero pocos familiares y debe apartarse de hablar con idiotas *salvo lo imprescindible*. Ha de tener buena vida, las manos diestras, diligentes y firmes, los dedos livianos, el tacto sutil, las uñas ni cortas, ni largas y debe saber emplear ambas manos. No ha de ser flaco, ni grueso y mejor mozo que anciano. Su vestido ha de ser sucinto, honesto, ataviado, limpio y no embarazoso para ejercer su oficio. Puede llevar algunos anillos e ir perfumado y, por último, debe tener bien los cinco sentidos⁶⁷.

Las condiciones exigibles a los boticarios, debido a su dependencia funcional, fueron redactadas primero por un médico. Saladino de Ascalo, en el *Compendium aromatariorum*⁶⁸ –adaptado al castellano por Alonso Rodríguez de Tudela⁶⁹– exige que no sea ni joven, ni viejo, ni altivo, ni orgulloso, ni mujeriego, ni avaro, ni egoísta. Debe ser trabajador, religioso, atento, consciente, justo, caritativo, cortés y siempre dispuesto al trabajo. No debe dejarse llevar por el amor o el odio en el ejercicio profesional. Ha de ser bien entendido en su arte. No debe contar de más, especialmente a los pobres. No puede vender abortivos, venenos, ni dar miel por azúcar, ni dispensar sin prescripción médica. En caso de duda debe consultar a los doctores en Medicina.

⁶⁷ DAZA Y CHACÓN, Dionisio (1609) Cap. IX, pp. 42-46: *De las condiciones generales y costumbres particulares que el cirujano ha de tener*.

⁶⁸ FERRO, Saladino (1488).

⁶⁹ FERRO, Saladino (1515).

En 1569 es Antonio de Aguilera quien, en su muy clásica *Exposición sobre las preparaciones de Mesué*⁷⁰, expone un dibujo intelectual sobre las condiciones exigibles al farmacéutico: debía saber latín y haber estudiado con un maestro o en una universidad durante cuatro años. Había de ser temeroso de Dios y muy recatado en su conciencia. Tener en torno a los veintidós años de edad. Seguir las indicaciones de los médicos para la dispensación de medicamentos. Ser rico o tener los medios suficientes; de esa manera podría hacer siempre lo debido, sin presiones económicas y se permitiría la caridad con los pobres. Ser fiel y recto en lo tocante a su arte. Poseer muchas medicinas y muy selectas. Asistir personalmente a su botica. Ser casado para evitar vanidades y distracciones. Poner la botica en un lugar no ventoso, ni húmedo, ni excesivamente expuesto al sol y tener buen sentido del gusto, para diferenciar los medicamentos dulces de los amargos y los aceitosos de los acres.

Tres profesiones sanitarias, fuertemente jerarquizadas, dependientes las dos últimas de los médicos, que buscaban sus señas de identidad social en unas rígidas consideraciones de tipo ético, bastante similares entre sí. La costumbre no era solamente española. También un sanitario portugués redactó el *Diálogo del perfecto médico*, en donde se ocupaba de estas cuestiones⁷¹

No eran sólo los sanitarios quienes buscaban reconocimiento social a través de las reglamentaciones de sus comportamientos éticos. Los ejercientes de la magia blanca, precedente de los investigadores científicos, por medio de Juan Bautista Porta⁷², hacen lo mismo.

Para el autor son mejores los ricos a los pobres. Los considera ministros y no artífices de la naturaleza y les recomienda conocer la cualidad y los efectos de los cuatro elementos, las plantas y los minerales, la destilación, las matemáticas y de modo particular la astrología.

Estos últimos, los astrólogos, también debían cumplir un estricto código de comportamiento.

Girolamo Cardano en su edición del *Tetrabiblos* de Ptolomeo enuncia las cualidades del astrólogo ideal:

⁷⁰ AGUILERA, Antonio (1569).

⁷¹ MIRANDA, Alfonso de (1983) *Diálogo del perfecto médico*, Madrid: Editora Nacional.

⁷² PORTA, Giovanbattista di (1560) p. 1a, 2a, 2b, 28b.

Ha de conocer todas las técnicas y haberlas probado consigo mismo. Debe liberarse de cuantos sentimientos puedan influir en su trabajo. No se interesa en preguntas triviales ni formula pronósticos públicos. Nunca ha de realizar predicciones para quienes sólo quieren ponerle a prueba, no conocen la hora exacta de su nacimiento o pagan honorarios excesivamente bajos. Debe formular sus pronósticos luego de haber aplicado todas las técnicas y haberlas incorporado a las circunstancias vitales del cliente (estado social, edad, formación, situación familiar). Jamás hace el horóscopo a un desconocido, un malhechor o un tirano. Ha de exponerlo sólo al cliente, de forma clara y concisa, sin digresiones ni oscuridades. No ha de ocultar a los gobernantes circunstancias desgraciadas, aunque no debe afirmarlas con absoluta seguridad. Debe indicar que sólo se cumplirán los pronósticos si el cliente no se expone a circunstancias temerarias. Por fin, el astrólogo ha de ser un hombre prudente, amigable, que sepa elegir sus palabras, que esté vestido de forma elegante y con buen gusto, que sea serio, leal y honrado, y ejemplar en todo sentido.⁷³

Tan común debía ser la costumbre que Cervantes, en la segunda parte del *Quijote* (1615), en el capítulo 18, la satiriza, como siempre de forma magistral, al exponer las condiciones necesarias al caballero andante, en las cuales encontramos muchas resonancias de lo hasta ahora escrito:

La de la caballería andante ... es una ciencia ... que encierra en sí a todas las más ciencias del mundo, a causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, a donde quiere que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoplados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada trinquete buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá la necesidad de ellas, y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar como dicen que nadaba el peje Nicolás o Nicolao, ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, y volviendo a lo de arriba, ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla...⁷⁴

⁷³ GRAFTON, Anthony (1999).

⁷⁴ Javier PUERTO (2005).

A la vista de lo hasta ahora escrito nos encontramos con que Andrés Laguna fue un médico renacentista con conocimiento profundos del latín y del griego, entroncado en la corriente humanista; dedicado a la publicación de textos clásicos de Aristóteles, Galeno y Dioscórides. Seguidor del pensamiento galenista en sus conocimientos anatómicos y en la práctica clínica, pero abierto a la experimentación personal en la farmacología y a los nuevos métodos didácticos en la anatomía. Formado en Salamanca y París. Situado siempre a la sombra del poder, ya sea éste imperial, real, o eclesial. Católico ferviente por convicción o por la presión social y las circunstancias personales de su condición judeo-conversa. Servidor del emperador Carlos, de su hijo Felipe y de los Papas de su tiempo. Defensor del Imperio y, por tanto, partidario de la paz en Europa, del liderazgo de Carlos I y de la unidad europea, no tanto en torno a la religiosidad católica, si no en la cristiana, en el origen cultural común greco-latino y en el miedo a la amenaza turca, lo cual, llegado el momento, no le impidió dedicarse al avituallamiento de las tropas militares. Capaz de escribir no sólo en la lengua franca del momento –el latín– sino también en español para afianzar la lengua romance. Con la suficiente habilidad para mezclar sus conocimientos científicos con saberes literarios, con excelencia en ambos casos. Ejerciente de su profesión dentro y fuera de España e incluso fuera del imperio español, aunque su estancia en Londres fuera corta. Autor de éxito científico y popular en España y de influencia intelectual en Europa y viajero incansable. Lo cual le convier- te en uno de los más claros ejemplos del intelectual y científico renacentista español.

BIBLIOGRAFÍA

—ÁLVAREZ DE MIRAVALL, Blas (1597) *Libro intitulado la conservación de la salud del cuerpo y del alma para el buen regimiento de la salud, y mas larga vida de la Alteza del serenísimo Príncipe don Philippo nuestro Señor. Y muy provechoso para todo género de estados...*, Medina del Campo: Santiago del Canto.

—ANTONIO, Nicolás (1783) *Bibliotheca Hispana Nova*, Matriti: Joachimum de Ibarra Typographium Regium; ed. Facsímil VISOR MADRID, 1996.

—ARRIZABALAGA, Jon (2013) En SACRISTÁN DEL CASTILLO, José Antonio; GUTIÉRREZ FUENTES, José Antonio (coords.) *Andrés Laguna un científico español del siglo XVI*, pp. 75-94.

—ABELLÁN, José Luis (1992) *Historia Crítica del Pensamiento Español. La Edad de Oro. (Siglo XVI)*, Barcelona: Círculo de Lectores.

—AGUILERA, Antonio (1569) *Exposición sobre las preparaciones de Mesué, ahora nuevamente compuesta por el doctor...* Alcalá: Juan de Villanueva.

—ALONSO MUÑOYERRO, Luis (1945) *La Facultad de Medicina en la Universidad de Alcalá de Henares*, Madrid: Instituto Jerónimo Zurita.

—BAEZA Y GONZÁLEZ, Tomás (1877) *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, Segovia: Imprenta de la viuda de Alba y Santiuste.

—BATAILLON, Marcel (1937) *Erasme et l'Espagne: Recherches sur l'histoire spirituelle du XVIe siècle*, Paris: Droz.

—BATAILLÓN, Marcel (1950) *Erasmus y España*, México: Fondo de Cultura Económica.

—BATAILLON, Marcel (1956) “Andrés Laguna, auteur du Voyage de Turquie, á la lumière de recherches récentes”, *Bulletin Hispanique*, LVIII.

—BATAILLON, Marcel (1956) “Les nouveaux chrétiens de Ségovie”, *Bulletin Hispanique*, n° 58-2, pp. 207-231.

—BATAILLON, Marcel (1958) *Le Docteur Laguna auteur du Voyage en Turquie*, Paris: Librairie des éditions espagnoles.

—BLANCO JUSTE, Francisco Javier (1935) *Laguna, traductor y comentarista de Dioscórides. Conferencia pronunciada ante el micrófono de Radio Segovia el 19 de septiembre de 1935*, Segovia: Universidad Popular de Segovia.

—BUSACCHI, Vinicio (1954) “Andrés Laguna e la sua laurea a Bologna”, *Atti del XIV° Congresso Internazionale di Storia della Medicina*, Roma-Salerno.

—CALVETE DE LA ESTRELLA, Juan Cristóbal (1552) *El felicissimo viaje d'e Príncipe don Phelippe, hijo d'el emperador don Carlos Quinto Maximo, desde España a...Alemania...* Anvers: Martín Nucio.

—CARRERAS PANCHÓN, Antonio (1976) *La peste y los médicos en la España del Renacimiento*, Salamanca: Cuadernos de Historia de la Medicina Española.

—CERVANTES, Miguel de (1605-1615) *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa Calpe (Biblioteca Cuarto Centenario -2003-).

—CERVANTES, Miguel de (1999) *Obras Completas*, Madrid: Ed. Castaglia.

—COLMEIRO, Miguel (1858) *La Botánica y los botánicos de la península Hispano-Lusitana*, Madrid: Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra.

—DAZA Y CHACÓN, Dionisio (1609) *Práctica y Teoría de la Cirugía en Romance y en Latin*, Valladolid: Ana Vélez.

—DAZA CHACÓN, Dionisio (1673) *Práctica y Teoría de Cirugía en Romance y en Latín*, Valencia: Francisco Cipres.

—DOMÍNGUEZ BARDONA, Jesús (1935) “‘Discursos medicinales’ del Licenciado Juan Méndez Nieto”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 107, pp. 217-220.

—DUBLER, César E. (1953-1959) *La Materia Médica de Dioscórides. Transmisión medieval y renacentista*, Barcelona: Tipografía Emporium.

—*Farmacopea matritense en castellano* (1823) Madrid: imprenta Calle de la Greda.

—FEIJOO, Benito Jerónimo de (1740) *Suplemento del Teatro Crítico*, Madrid: Imprenta de los herederos de Francisco del Hierro.

—FERRO, Saladino (1488) *Compendium aromatariorum*, Bononiae: Benedictus Hectoris.

—FERRO, Saladino (1515) *Comienza el compendio de los boticarios compuesto por el doctor Saladino Ferro, trasladado del latín en lengua vulgar castellana por el licenciado Alfonso Rodríguez de Tudela*, Valladolid: Arnao Guillen de Brocar.

—FOLCH JOU, Guillermo; GRANJEL, Luis S.; CALONGE, Julio; HERNANDO, Teófilo, et. Alts. (1960) Número especial dedicado a Andrés Laguna, *Estudios Segovianos*, XII.

—FONT QUER, Pío (1962) *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*, Barcelona: Editorial Labor.

—GAMONEDA, Antonio (1995) *Libro de los venenos*, Madrid: Siruela.

—GARCÍA HOURCADE, Juan Luis; MORENO YUSTE, Juan Manuel (coords.) (2001) *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa Renacentista*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

—GIOVIO, Paulo (1531) *Comentario de le cose de Turchi. A Carlo Quinto Imperatore Augusto*, Veneding. (La primera reimpresión en 1541).

—GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000) *Entre la imitación y el plagio: fuentes e influencias en el “Dioscórides” de Andrés Laguna*, Segovia: Obra social y cultural de Caja Segovia.

—GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000) *Andrés Laguna y el humanismo médico: estudio filológico*, Valladolid: Consejería de Educación y Cultura.

—GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2001) “Panorama filológico de Andrés Laguna”. En GARCÍA HOURCADE, Juan Luis; MORENO YUSTE, Juan Manuel (coords.) (2001) pp. 61-92. *Ex comentariis Geoponticis, siue De re rustica, olim diuo Constantino Caesari...; Accedunt etiam eis quaedam castigationes in translationem eorumdem librorum, per Ianum Cornarium, virum doctiss. Editam* s.l.: s.f.

—GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2001 A) LAGUNA, Andrés, *Europa Heautentimorumene es dicer, que míseramente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

—GRAFTON, Anthony (1999) *Cardanos Kosmos. Die Welten und Werke eines Renaissance-Astrologen*, Berlín: 1999, p. 37-41. cit. por Kocku von STUCKRARD, *Astrología. Una historia desde los inicios hasta nuestros días*, Barcelona: Herder ed. 2005, p. 268.

—GRANJEL, Luis S. (2001) “El médico Andrés Laguna”. En GARCÍA HOURCADE, Juan Luis; MORENO YUSTE, Juan Manuel (coords.) (2001) *Andrés Laguna. humanismo, ciencia y política en la Europa Renacentista*, Valladolid: Junta de Castilla y León.

—GRANJEL, Luis S. (1980) *La medicina española renacentista*, Salamanca: Universidad de Salamanca.

—HERNANDO, Teófilo (1968) Introducción y comentarios, *Edición facsímil de la Materia Medicinal de Pedacio Dioscórides*, Madrid: Instituto de España.

—HERNÁNDEZ MOREJÓN, Antonio (1843), *Historia bibliográfica de la Medicina española*, Madrid: viuda de Jordán e hijos.

—HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1996) *Examen de ingenios para las ciencias*, (Baeza, 1575) reeditado por Guillermo SERÉS, Barcelona: Círculo de Lectores.

—JORGE ENRÍQUEZ, Enrique (1981) *Retrato del perfecto médico*, Salamanca: Real Academia de Medicina, Instituto de Historia de la Medicina. Reedición efectuada por

Lui S. GRANJEL en la colección *Textos médicos* del libro editado en Salamanca en 1595.

—LAGUNA, Andrés (1535) *Aristotelis Stagiritae De physiognomicis liber unus*, Parisiis: Ludovico Cyaneum.

—LAGUNA Andrés (1535A) *Anatomica methodus, seu de sectione humani corporis contemplatio*, Parisiis: Ludovico Cyaneum.

—LAGUNA, Andrés (1536) *De urinis librid duo*, Parisiis: Ludovico Cyaneum.

—LAGUNA, Andrés (1538) *Aristotelis de mundo, seu de cosmographia*, Compluti: Juan de Broçar.

—LAGUNA, Andrés (1538 A) *Tragoedia alia Luciani Occypus...*, Compluti: Juan de Broçar.

—LAGUNA, Andrés (1538 B) *Luciani dialogus tragopodagra...*, Compluti: Juan de Broçar.

—LAGUNA, Andrés (1542) *Compendium curationes precautionisque morbi...febris pestilentialis*, Argentorari: apud Rihelium.

—LAGUNA, Andrés (1543) *Europa...; hoc est miserè se discrucians, suamq[ue] calamitatem deplorans...*, Coloniae: prope D. Lupum Ioannes Aquensis excudebat.

—LAGUNA, Andrés (1543 A) *Rerum prodigiosarum quae in urbe Constantinopolitana*, Coloniae: Joannis Acquensis.

—LAGUNA, Andrés (1543 B) *Galenii Pergameni summi medicinae parentis. De philosophia histórica, liber unus...* Coloniae: Iohannes Aquensis.

—LAGUNA, Andrés (1543 C) *Aristotelis philosophorum principis. De natura stirpium liber unus et alter...* Coloniae: Ioan. Aquensis.

—LAGUNA, Andrés (1543 C) *Aristotelis...De virtutibus vere atq; adamantinus libellus/ ex Graeco in sermonem latinum per Andream a Lacuna...conversus...additae sunt ad calcem aliquot in Grynaeum castigations*, Coloniae: Ioan. Aquensis excudebat.

—LAGUNA, Andrés (1546) *De viciis et exercitiorum ratione...* Coloniae: Gaspar Genepeus.

—LAGUNA, Andrés (1548) *Epitomes Omnium Galeni pergameni operum...* Venetiis: Hieronymum Scotum.

—LAGUNA, Andrés (1551) *De articulari morbo commentarius... Cui accésit Tragopoda Luciani...* Romae: Valerium et Aloysium Doricos fratres Brixenses.

—LAGUNA, Andrés (1551 A) *Methodus cognoscendi extirpandique excrecentes in vesicae collo carúnculas*, sin fecha, ni lugar de edición. Se editó en Roma en 1551. Otra edición se hizo en Alcalá de Henares en 1555 *ex officina Brocarii*.

—LAGUNA, Andrés (1554) *Epitome ómnium rerum et sententiarum...* Lugduni: Gulielmum Rouillium.

—LAGUNA, Andrés (1554 A) *Cui accesere nonnulla Galeni Enantiomata, per eundem Andream Lacunam summo estudio collecta*, Lugduni: Gulielmum Rouillium.

—LAGUNA, Andrés (1554 B) *Annotationes in Dioscoridem Anazarbeum...* Lugduni: Gulielmum Rouillium.

—LAGUNA, Andrés (1555) *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal, y de los venenos mortíferos*, Anvers: Iuan Latio.

—LAGUNA, Andrés (1566) *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la Materia Medicinal y de los venenos mortíferos, Traduzido de la lengua Griega, en la vulgar Castellana, & ilustrado con claras y sustanciales anotaciones, y con las figuras de inúmeras plantas exquisitas y raras, por el doctor Andrés Laguna, Medico de Julio III. Pont. Max.*, Salamanca: Mathias Gast.

—LAGUNA, Andrés (1556 A) *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia...* Anvers: Plantin.

—LAGUNA, Andrés (1557) *Cuatro elegantísimas y gravísimas oraciones de M. T. Cicerón contra Catalina...*, Amberes: Chistobal Plantin.

—LAGUNA, Andrés (1557 A) *Apologetica epistola in Ianum Cornarium Medicum...* Coloniae: Typis Ioannis Bathenii.

—LAÍN ENTRALGO, Pedro (1999) Andrés Laguna. En GRACIA; Diego, PUERTO, Javier (dirs.) *Estudios introductorios a la ed. Facsímil del Dioscórides de Laguna de la Fundación de Ciencias de la Salud*, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud/Doce Calles.

—LOBERA DE ÁVILA, Luis (1544) *Libro de las cuatro enfermedades cortesanas*, Toledo: Juan de Ayala.

—LÓPEZ-MUÑOZ, Francisco; ÁLAMO, Cecilio (2007) “El *Dioscórides* de Andrés Laguna en los textos de Cervantes: de la materia medicinal al universo literario”, *Anales Cervantinos*, vol. XXXIX, págs. 193-217.

—LÓPEZ PIÑERO, José María; GLICH, Thomas F.; NAVARRO BROTONS, Víctor; PORTELA MARCO, Eugenio (1983) *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, Barcelona: Península.

—LÓPEZ PIÑERO, José María et alts. (1989) *Bibliographia Médica Hispánica 1475-1950*, Valencia: Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia. Universidad de Valencia-CSIC, volumen II.

—MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel (1995) *El Humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

—MIGUEL ALONSO, Aurora (1999) “Las ediciones de la obra de *Dioscórides* en el siglo XVI”. En GRACIA, Diego; PUERTO, Javier (dirs.) *Estudios introductorios a la ed. Facsímil del Dioscórides de Laguna de la Fundación de Ciencias de la Salud*, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud.

—MIRANDA, Alfonso de (1983) *Diálogo del perfecto médico*, Madrid: Editora Nacional.

—OLMEDILLA, Joaquín (1887) *Estudio histórico de la vida y escritos del sabio español Andrés Laguna, médico de Carlos I y Felipe II y célebre escritor y botánico del siglo XVI*, Madrid: Establecimiento Tipográfico de *El Correo*.

—ORTOLÁ, Marie-Sol (1983) *Un estudio del Viaje de Turquía. Autobiografía o ficción*, Madrid: Tamesis Books Limited.

—PICATOSTE Y RODRÍGUEZ, Felipe (1891) *Apuntes para una Biblioteca Científica Española del siglo XVI*, Madrid: Imprenta de Manuel Tello.

—PARDO TOMÁS, José (2002) *Andrés Laguna y la medicina europea del Renacimiento*, Santa Cruz de Tenerife: Seminario Orotava. Editado por la Consejería de educación, cultura y deportes del Gobierno de Canarias.

—PORTA, Giovanbattista di (1560) *De i miracoli et maravigliosi effetti dalla natura prodotti, libri III*, Venecia: Lodovico Avanzi.

—PUERTO, Javier (2003) *La leyenda verde. Naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*, Salamanca: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.

—PUERTO, Javier (2004) “Andrés Laguna. Un hombre del Renacimiento.” En *Ciencias y Técnica en la Historia de Segovia. XXIV Curso de Historia de Segovia*, Segovia: Real Academia de San Quirce.

—PUERTO, Javier (2005) *La fuerza de Fierabrás. Medicina, ciencia y terapéutica en tiempos del Quijote*, Madrid: Just in time.

—PUERTO, Javier (2005 A) “La Materia Medicinal de *Dioscórides*, Andrés Laguna y el Quijote”, en SÁNCHEZ RON, José Manuel (dir.) (2005) *La Ciencia y el Quijote*, Barcelona: Crítica.

—REDONDO, Agustín (2001) “El Discurso sobre Europa del doctor Laguna (Colonia, 1543), entre amargura y esperanza”. En MARTÍNEZ MILLÁN, José; BRAVO LOZANO, Jesús; LABRADOR ARROYO, Félix (coords.) (2001) Vol III: *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.

—RIERA, Juan (1965) “La obra urológica de Andrés Laguna”, *Actas del II Congreso Español de Historia de la Medicina*, Salamanca.

—RIERA, Juan (1999) “Estudio biobibliográfico de Andrés Laguna”. En GRACIA, Diego; PUERTO, Javier (dirs.) *Estudios introductorios a la ed. facsímil del Dioscórides de Laguna de la Fundación de Ciencias de la Salud*, Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud.

—RIERA, Juan (2013) “La figura de Andrés Laguna en la Medicina del Renacimiento”. En SACRISTÁN DEL CASTILLO, José Antonio; GUTIÉRREZ FUENTES, José Antonio (coords.) *Andrés Laguna un científico español del siglo XVI*, pp. 45-74.

—SANTANDER, María Teresa (1971) *Hipócrates en España*, Madrid: Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

—SERRANO Y SANZ, Manuel (ed.) (1905) “Viaje de Turquía”. En *Autobiografías y memorias*, Tomo II, Madrid: NBAE, pp. 1-149.

—VALVERDE DE HAMUSCO, Juan (1556) *Historia de la composición del cuerpo humano*, Roma: Antonio Salamanca y Antonio Lafreyy.

Andrés Laguna (Segovia, c 1513-Guadalajara, 28 de diciembre de 1559), humanista

—VESALIO, Andrea (1543) *De humani corporis fabrica libri septem*, Basileae: Joannis Oporini.

—VV. AA. (1865) *Diccionario de Farmacia del Colegio de Farmacéuticos de Madrid*, Madrid: Imprenta de los señores Martínez y Rogo.